

Nombres de mujer es, como lo ha definido su autor, un “romanzo di racconti”: trece relatos sobre otras tantas mujeres, cuyos nombres, de forma premeditada o no, condicionarán sus peripecias vitales, aportando desde la singularidad de cada una de ellas, una visión multiforme de la condición femenina en la actualidad, partiendo del dato real, de la figuración mítica o de la pura invención fabulosa.

Gianluca Pirozzi es napolitano y vive en Roma, aunque ha residido largos periodos en el extranjero. Sus relatos han sido premiados en numerosas ocasiones en concursos literarios nacionales y han visto la luz en distintas miscelaneas de narrativa. En 2010 publicó su primera antología de relatos, *Storie liquide*, y en 2012 la novela *Nell'altro. Nomi di donna*, su tercer libro, publicado (con ilustraciones de Clara Garesio) en 2016, ha conocido ya su séptima edición y ha recibido una mención especial de la crítica en el Premio Mario Luzi de 2017. La presente edición en español ha sido bellamente ilustrada con dibujos de Pablo García Calvente.



NOMBRES DE MUJER



Benilde

NOMBRES DE MUJER
Gianluca Pirozzi

B. Benil D. e.





NOMBRES DE MUJER

B. Benito D. e.

NOMBRES DE MUJER

Gianluca Pirozzi

BENILDE EDICIONES

2018

<http://www.benilde.org>
Sevilla-España

DISEÑO

Bane

**Ilustraciones y diseño de portada
de Pablo García Calvente**

ISBN 978-84-16390-84-7

Colección: Benilde Narrativa Nº 10
Directora: Eva Moreno Lago

Comité científico: Elena Jaime de Pablos, Universidad de Almería; Nikica Mihaljevic, Universidad de Spalato, Croatia; Alejandra Moreno Álvarez, Universidad de Oviedo; María Michaela Coppola, Universidad de Trento, Italia; Rocío González Naranjo, Universidad de Limoges, Francia; Margherita Orsino, Universidad de Toulouse, Francia; Ernestina Pellegrini, Universidad de Florencia, Italia; Claudia Pazos Alonso, Universidad de Oxford, Reino Unido; Michèle Ramond, Universidad Paris VIII; Milagros Ezquerro San José, Universidad de París-Sorbonne, Francia; Malgorzata Godlewska, Universidad Ate-neum de Gdansk, Polonia; Carmen Ramírez Gómez, Universidad de Sevilla; Alexandra Astudillo, Universidad de San Francisco (USFQ), Quito, Ecuador; Juan Aguilar Fernández, Universidad de Castilla La Mancha.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

NOMBRES DE MUJER

Gianluca Pirozzi



<i>De madrugada</i>	
Monica	17
Estrella	27
<i>De día</i>	
Nadia	41
Clara	55
Agata	63
Edda	69
<i>Al atardecer</i>	
Diana	83
Fabiana	93
Aristea	101
<i>De noche</i>	
Galatea	109
Louise	117
Bianca	129
Giovanna	135
Dedicatorias y agradecimientos	139



NOTA DE LA TRADUCCIÓN

La traducción de este libro, de carácter colectivo, ha sido realizada por estudiosas que, casi en su totalidad, forman parte del Proyecto de Investigación *Ausencias II. Escritoras italianas inéditas en la Querrela de las Mujeres (siglos XV-XX)* (FEM2025-70182P). Las traductoras (y sus respectivos relatos traducidos) son las siguientes: Mónica García Aguilar (Universidad de Granada): *Monica y Fabiana*; Estela González de Sande (Universidad de Oviedo): *Estrella*; Mercedes González de Sande (Universidad de Oviedo): *Nadia*; M^a Belén Hernández González (Universidad de Murcia): *Edda*; Milagro Martín Clavijo (Universidad de Salamanca): *Louise*; Yolanda Romano Martín (Universidad de Salamanca): *Diana*; Alessandra Sanna (Universidad de Granada): *Agata y Bianca*; Anna Suadoni (Universidad de Granada): *Aristea y Giovanna*; M^a Dolores Valencia Mirón (Universidad de Granada): *Clara* y Sara Velázquez García (Universidad de Salamanca): *Galatea*.



A Francesca



De madrugada







Monica

Desde la desaparición de Carlo hace ya dos años, Monica sigue viviendo ciertos momentos en los que se deja llevar por la esperanza de que esa ausencia la abandone definitivamente, sólo de esta manera ella podrá alcanzar ese estado en el que el dolor, aún estando presente, se convierta en algo parecido a un horizonte gris.

En alguno de esos instantes de esperanza desmesurada, Monica consigue incluso imaginarse como una embarcación acunada y amarrada a un espacio indefinido y a un tiempo en el que están presentes todavía Carlo y ella. La mayoría de las veces, esta repentina y espléndida ilusión se le manifiesta inesperadamente, de golpe, nada más despertarse, otras veces, sin embargo, aparece un poco más tarde, al alba, cuando ella, todavía adormecida, se tira a la calle y comienza a correr como tiempo atrás hacía junto a Carlo.

Después de un año de rutina y aturdimiento, Monica ha retomado la costumbre de correr por el carril bici –ese mismo al que llaman la vía ciclista de la música porque pasa al lado del Auditorium, uniendo el carril tiberino con el de Aniene– y a pesar de que Carlo ya no la acompaña, Monica, sin embargo, ha tenido la impresión de que el sonido y las vibraciones de su marcha acompasada se hubiesen duplicado y que junto a ella, con la mirada fija hacia delante o apenas ladeada en dirección al río, a los setos o a la carretera que se abre bajo el carril de asfalto, estuviera en todo momento él, Carlo.

Hay mañanas en las que Monica parece ver la sombra de las piernas de Carlo pasar tan cerca de las suyas que se ve obligada a apartarse hacia el borde del carril para evitar chocar con él. Otras veces la percepción de que el brazo de Carlo pudiera haberle rozado mientras corría a su lado es tan nítida que la hace desplazarse hacia un lado. Pero es incluso el recuerdo de la respiración que salía por la boca de él la que le parece tan inesperadamente tangible que duda incluso de haber escuchado una o

hasta dos veces la incitación de Carlo a no parar, a no abandonar indolentemente la carrera como le había sucedido otras veces.

Esa sensación dura apenas un instante, sin embargo Monica la espera con impaciencia cada mañana. Ella comprende muy bien que solo por el hecho de desearla con tanta pasión, no va a aparecer automáticamente de nuevo. Es necesario, por tanto, que Monica tenga la mente ocupada, no especialmente distraída, sino más bien concentrada en otros pensamientos: alguna tarea que organizar, reflexionar sobre el papeleo que inexorablemente debe sacar adelante o simples divagaciones. Pero para ella es indispensable, y al mismo tiempo paradójico, que esa distracción no tenga nada que ver con él. Solo de esta manera consigue que milagrosamente aparezca ese cruel espejismo en el que Monica se ve de nuevo tan superada por la ausencia del tiempo que logra obviar la idea de la definitiva ausencia de Carlo.

Por otro lado, es igualmente absurdo imaginar que tu marido, en la plenitud de su vida, cuando empezaba a cosechar éxitos y cierta tranquilidad, incluso en un ámbito tan competitivo como el de la psicología, pudiera ser asesinado precisamente por una de sus pacientes presa de una alucinación esquizofrénica en la que confundió la imagen de su médico con la de un animal, un cuervo, como ella misma lo refirió ingenuamente, como si se tratara de la cosa más natural. Esta es una eventualidad que la mente de Monica no consigue contemplar ni siquiera lejanamente y sin embargo es justo lo que ocurrió aquella maldita tarde de hace apenas dos años.

Por eso, cuando Mónica pierde esa efímera y reiterada ilusión de tenerlo cerca, su dolor es tan inmenso e irresistible como lo son ahora sus expectativas de salir adelante sola. Sin embargo, Monica no quiere, tal vez no pueda, renunciar a esos momentos en los que, solo durante un brevísimo instante o incluso durante la carrera matutina, su conciencia deja de ser tal. Solamente el claxon de un coche a pocos metros del paso subterráneo del Olímpica, o el encontrarse de frente a otra persona en el sentido opuesto al suyo, incluso el susurro del follaje agitado por el viento, la trae a la realidad. Otras veces, no es necesario ningún factor externo, su mente borra inmediatamente esa brevísima quimera,

suministrándole de repente las coordenadas reales de su nueva condición: en la abscisa está ella en movimiento y en la ordenada él, inmóvil e inmutable en su nueva condición. Ella puede asumir cualquier valor, Carlo, por el contrario, se encuentra en el parámetro cero. Imposible, por tanto, encontrarse. La única, última posibilidad, en el caso de que ésta se le pueda conceder al final, es para Monica la de alcanzar también ella ese punto en el espacio que corresponde al cero.

Mientras llega este momento, Monica corre y lo hace como cuando estaba con él. Es más, desde hace tiempo ha empezado a anticipar la hora de su entrenamiento. Ahora, de hecho, le bastan cuarenta o como mucho cincuenta minutos al día de carrera y, si tiene suerte, consigue revivir inmediatamente esa sensación.

Con tal convicción y con el pensamiento de que las probabilidades de poder renovar su ilusión son tantas cuantas menos intromisiones externas haya, Monica se levanta cada mañana a las cuatro y treinta, se pone el chándal y espera a que la luz del interruptor de la máquina del café deje de parpadear, se sirve su expreso amargo y sale de casa muy temprano. Al alba, de hecho, independientemente de la estación o del clima, Monica está ya en el carril bici a las cinco. A pesar de que haga viento, niebla o esté lloviendo, como sucede desde hace más de una semana ahora que estamos en enero, ella está allí igualmente, preparada para emprender el recorrido de siempre. Primero en una dirección, después en la contraria, a una velocidad media de nueve kilómetros por hora, animada por un único propósito y por un solo e irremplazable desafío entre su íntimo dolor y el espejismo de su falaz desaparición.

Después de los primeros meses en los que sus salidas eran discontinuas, Monica, que corre nuevamente con cotidiana regularidad, es capaz incluso de permanecer concentrada y de no temer la distracción de las cuatro o cinco personas que, al igual que ella, frecuentan asiduamente el carril a la misma hora. Claro, si la comparamos con ellas, Monica sin duda parece que tiene una mayor determinación, incluso observándola de pasada, es fácil intuir que es ella la que no se va a permitir flaquear ni una vez, ni siquiera ahora que es invierno, justo en esta primera se-

mana de año nuevo, en la que ha llovido tantísimo al principio y luego el termómetro ha comenzado a señalar menos dos grados, previendo incluso nevadas.

Pero tampoco la nieve la desalienta. Es más, para Monica, esos primeros copos de nieve que caían justo esta mañana mientras atravesaba el Tíber tienen un significado especial. Una de las primeras veces que vio la nieve cuando vivía todavía en Turín, su madre le explicó que cuando comienza a nevar, en otra parte del mundo se está produciendo un pequeño momento mágico. En la historia de ese milagro contado a una niña, la nieve se había convertido en un conjunto de estrellas que caían de la varita de un hada justamente con la intención de realizar un encantamiento. Monica tiene presente en su cabeza ese recuerdo mientras comienza su carrera.

De hecho, como cada mañana, Monica ha pulsado el mando de la cancela de su casa de la calle Nepi y ha tomado apresuradamente la dirección hacia Puente Flaminio. Como de costumbre, ha salido corriendo muy rápido, atravesando casi la mitad de la avenida Tiziano, rodeando el Auditorium hasta llegar a la calle Mariscal Pilsudsky. Después ha seguido corriendo por toda la avenida de la Mezquita hasta la entrada a Villa Ada desde donde, sin entrar en el parque, se ha vuelto lentamente sobre sus propios pasos para coger de nuevo el trayecto inverso, en dirección a su casa.

Habitualmente, en su recorrido de vuelta, siempre a la altura de Villa Glori, aunque está bien entrenada, Monica advierte que le falta el aliento. Tiempo atrás, cuando Carlo corría con ella, justamente en este punto, al verla correr de forma más lenta la exhortaba con esa incitación breve y a veces tan eficaz, que ella misma se sorprendía. Si a pesar de todo, no conseguía continuar la carrera, Monica se permitía el lujo de avisar a su marido de que llegaría a casa a pie. Y entonces, en ese momento no había nada que Carlo pudiera decir o hacer –como prometerle que continuarían la carrera juntos, pero a un paso más lento- para que Monica cambiara de opinión, es más, la invitación de Carlo a no bajar la marcha era la señal para ella con la que comenzaba a mostrar su inflexible determinación de querer hacer justamente

lo contrario. Esta mañana, Monica, que desde hace dos años no debe demostrar a Carlo ni a nadie más que es capaz de mantener sus propósitos, primero ha ralentizado la marcha y después se ha detenido para pasear. Es más, hoy ese recorrido a pie parece causarle un insólito placer porque, a pesar de que sea todavía de noche y la pálida luz de las farolas apenas ilumine el camino, las hojas de los árboles, la hierba a los lados del carril bici y la misma línea trazada que divide los dos sentidos se muestran tan brillantes que llegan a confundirse con el mismo material reflectante de la chaqueta de Monica.

Tal vez a causa de esta singular luz o por la atmósfera enrarecida en esa parte del carril, justo cuando Monica ha levantado un poco la vista al frente y lo ha visto allí, delante de ella, apenas ha tenido el tiempo suficiente para darse cuenta de que no podía tratarse de una alucinación, sino, al contrario, de algo absolutamente real: a poco más de diez metros de distancia desde donde estaba Monica había un tigre.

La fiera ocupa con su cuerpo todo el carril y su cabeza – una cabeza tan grande que parecía desproporcionada respecto a la imagen del cuerpo que el cerebro de Monica después de la primera sorpresa le devuelve- se ha dirigido justamente hacia ella.

No es una alucinación, al contrario, es algo real, vivo. En la mente de Monica, desde el momento en el que se ha dado cuenta, el tiempo se ha detenido. La sensación que desde el estómago le sube a la garganta le corta la respiración, le paraliza la mandíbula. Ahora percibe sólo el pánico que la invade cada vez más y, tal vez, su corazón ha dejado de bombear sangre y permanece en espera. Hasta las células se le han quedado heladas de repente y todo en ella cumple ahora con el único y más racional mandato. Quedarse parada, inmóvil, en espera de lo que pueda pasar, es el único y posible imperativo.

Monica esta allí, con la mirada fija e hipnótica en el animal que, como ella, parece paralizado por la presencia inesperada de otro ser. Poco a poco, el cuerpo enorme, las patas estriadas, la cola suavemente alargada más allá de su figura, están asumiendo a ojos de Monica un perfil distinto al que ella pensaba, yendo

más allá de la imagen del mismo que en un primer instante era para ella sólo un concepto.

Tal vez sea la cabeza y, sobre todo, la mirada del animal la que ayuda a Monica a descifrar, ahora, qué tiene verdaderamente delante: un hocico inmenso, dos manchas blancas, unas orejas y poco a poco con mayor nitidez, dos enormes ojos redondos. Éstos, los ojos, tienen pupilas metálicas que brillan tanto que parecen iluminadas por una luz propia, irradiando su mirada de algo innatural, casi mecánico, que parece querer traspasar a Monica de un lado a otro.

En medio de esa cabeza, una nariz violácea iba iluminándose poco a poco bajo el reflejo de la farola y esos tupidos bigotes hicieron imaginar a Monica por un instante que pudiera tratarse de un enorme peluche que habían dejado allí, en el centro del carril, por puro espíritu lúdico. Pero el cuello de la fiera muestra, por el contrario, un movimiento rítmico y a través de su espeso pelaje la piel de sus costados se tensa y relaja alternativamente no dejando lugar a dudas ni esperanza alguna.

Sin embargo, Monica no consigue pensar y no sabe si esa ausencia de ideas o motivación para realizar cualquier acción que no fuera la inmovilidad era la consecuencia del estado de desmesurada agitación o del instinto innato de supervivencia que le obligaba a quedarse inerte incluso con el pensamiento.

¿Será su presa? Monica se lo pregunta por un momento porque su cabeza está allí, desposeída de cualquier determinación racional a excepción de la de estar en ese preciso instante a merced total y absoluta de ese tigre.

Aunque Monica sepa que el tiempo no tiene ningún sentido en estas circunstancias, no puede parar de preguntarse cuánto tiempo transcurrirá antes de que el animal se le tire encima. Porque, sin duda, el animal se moverá e irá a por ella. ¿Y cómo lo hará? ¿Saltándole encima o más bien avanzando lentamente, mientras la mantiene bloqueada con su mirada? ¿Y por qué no lo ha hecho todavía? ¿A qué está esperando? ¿Por qué no pone fin a esta absurda espera? Tal vez Monica podría ayudar a la conclusión de esta absurda espera, ya que podría darse la vuelta e

intentar escapar, provocando de esta manera que el tigre llevara a cabo su propósito.

Pero Monica está todavía allí, inmóvil, cuando después de un tiempo que no sabría reconstruir, ha tenido la sensación de escuchar a Carlo que le repite «¡Ánimo! ¡Ánimo!» y después ha escuchado de manera inesperada el ruido de un autobús a unos pocos cientos de metros delante de ella. En aquel mismo instante, el tigre se ha vuelto también en dirección a ese ruido y, justamente después, como en un lento *replay*, ha desaparecido subiendo con paso majestuoso entre los espesos setos, más allá del carril bici.

Ya en casa, durante toda la mañana e incluso un poco más tarde, después de llamar a la notaría donde trabaja para advertirles que se iba a tomar un día de vacaciones, Monica pensaba que había tenido una alucinación, intentando buscar después una posible explicación a todo. Alrededor de la una, cuando ha encendido la radio para escuchar otras voces que acallaran las que sonaban dentro de su cabeza, ha escuchado la noticia: igual que hace veinticinco años, cuando un incendio devastó el campamento de algunos acróbatas que se habían instalado en la capital, un tigre –el más viejo de los cuatro ejemplares que pertenecían a una compañía de circo– se había escapado durante el tremendo temporal que había caído en Roma. Pero el hecho verdaderamente sorprendente, según refirió el cronista, había sido que el animal había vuelto de forma voluntaria a primera hora de la mañana: los responsables del circo lo habían encontrado junto a su jaula.

Esta es la explicación lógica. Sin embargo, ahora, Monica ha encontrado otra y es la que se está contando a sí misma mientras está colocando en el sillón que tiene junto a la cama los pantalones y la chaqueta que se pondrá al día siguiente para salir a correr. Monica ya se ha encontrado con el tigre, tal vez volverá a encontrarse con él, pero ahora sabe que no tendrá miedo, porque, precisamente del tigre, podrá fiarse.

(Traducción de Mónica García Aguilar)







Estrella

*Twinkle, twinkle, little star
How I wonder what you are
Up above the world so high
Like a diamond in the sky*

*When the blazing sun is gone
When he nothing shines upon
Then you show your little light
Twinkle, twinkle, all the night*

*Then the traveller in the dark
Thanks you for your tiny spark
He could not see which way to go
If you did not twinkle so*

*In the dark blue sky you keep
And often through my curtains peep
For you never shut your eye
Till the sun is in the sky*

*As your bright and tiny spark
Lights the traveller in the dark
Though I know not what you are
Twinkle, twinkle, little star*

*Twinkle, twinkle, little star,
How I wonder what you are
Up above the world so high,
Like a diamond in the sky*

*Twinkle, twinkle, little star
How I wonder what you are.
How I wonder what you are.*

Desde siempre, esta canción es el mantra de Estrella. O sea, desde que la aprendió silabeando cada una de las palabras que el abuelo Robert se empecinaba con antigua paciencia en vocalizar, agachando la cabeza para poner su propia cara barbuda en simetría con su cabecita mientras le susurraba *my little Star*.

Años más tarde, cuando cumplió siete años, junto a muchos otros regalos que pronto olvidaría, Estrella encontró ese libro con el título *Star*, impreso con enormes caracteres góticos en dorado. Y durante días Estrella no quiso separarse de ese volumen con su nombre en inglés, arrastrándolo con trabajo de la cama a la mesa, de allí a la cartera para no separarse nunca más de él, ni siquiera en la escuela y luego, celosamente, volviéndolo a llevar a casa en un complicado coger y reponer, como si se tratase de un precioso cofre que custodiar de las miradas de los demás. Y necesitó tiempo antes de decidirse a hojear todas esas páginas y leer esas poesías y, sobre todo, llegar al punto donde estaban esos versos para ella ya conocidos y que nunca olvidaría.

Después de un tiempo de aquel regalo, aquella canción había vuelto a sus ojos en otro libro, por boca de un extraño sombrero loco de remate.

*Twinkle, twinkle, little star,
How I wonder what you are
Up above the world so high,
Like a diamond in the sky*

*Twinkle, twinkle, little star
How I wonder what you are.
How I wonder what you are.*

Ya adolescente, cuando el destino le había arrebatado en fechas cercanas, primero al abuelo Robert y solo tres meses después a Matthew (su padre), Estrella entendió que ya nunca más podría contar con una presencia masculina que encauzara las exuberancias maternas. Fue en ese periodo cuando Estrella tuvo la certeza de que cantando esa canción la vida no cambiaría su

curso, pero sí podía, al menos, dejar de ser tan apremiantemente latosa. Y desde entonces ella recurre a esa cantinela cada vez que es presa de la tristeza o de cierta melancolía de la que *está bien defenderse* como le ha enseñado Giovanna –la anciana profesora de filosofía a la que ha empezado a acudir Estrella dos veces por semana desde que decidió matricularse en esa facultad.

A pesar de que cada una de las palabras ha dejado con el tiempo de tener un significado completo para Estrella, el conjunto del estribillo ha quedado intacto en ella y cada vez que lo reproduce, la lleva inmediatamente a un estado de exquisita paz.

*Twinkle, twinkle, little star,
How I wonder what you are
Up above the world so high,
Like a diamond in the sky*

*Twinkle, twinkle, little star
How I wonder what you are.
How I wonder what you are.*

Esta tarde Estrella también está canturreando su estribillo y, quizá, lo hace porque las vacaciones de las que ha empezado a contar no solo los días, sino también las horas, parecen no tener fin. Un tormento que ella presintió desde antes de la salida, cuando intentó inútilmente oponerse a esa excursión en barco o, por lo menos, contener su inexorable realización en el límite máximo de una semana, con el fin de reducir la permanencia en esos pocos metros cuadrados, en ese perenne y soleado vaivén y, sobre todo, evitar el contacto prolongado con una compañía previsible como la de su madre Giorgia, la de Claudio –su nuevo y enésimo compañero sentimental desde que el padre de Estrella faltaba- y de Raffaele, el patrón del barco que su madre había contratado para esos quince días de navegación lenta y desordenada en las aguas del Argentario.

Desde que embarcó los únicos momentos de tregua para Estrella son los que siguen a la cena, cuando puede encerrarse en su cabina a leer o subir a popa a mirar el cielo. A esa hora, mientras Giorgia y Claudio se retiran a amartelarse en su cama de gomaespuma, Raffaele abandona el mando de la embarcación y comienza a chatear con su compañero.

Pero esta noche no consigue liberarse de los espasmos contenidos en esos pocos metros cuadrados que hacen aún más intolerable el pensamiento del tiempo que falta para regresar finalmente a casa, cuando ella será libre para estar un día entero en su habitación o para salir –quizá con Bianca- de compras o para ir a dormir a casa de Elena, como ha venido haciendo desde que terminó la escuela.

«¿Qué lees?» le pregunta Raffaele en cuanto la ve aparecer en cubierta con un libro en la mano para ir a sentarse a una de las tres sillas colocadas en la popa.

«Una cosa ardua que parece que nunca acaba...».

«¿Y es?» pregunta de nuevo él apagando su Tablet.

«*Un amor de Swann*, pero lo acabo de empezar».

«¡Caramba! Una cosa ligera. Se lo he leído a mi padre cuando estaba en el hospital y durante toda su convalecencia, el año pasado. Si superas las primeras cincuenta páginas te parecerá que estás viendo una película y olvidarás que tienes un libro entre las manos».

«¿Se ha curado?».

«¿Quién?».

«Tu padre».

«Sí, se ha curado, pero no creo que haya sido Proust».

«Bueno, a lo mejor le ha ayudado».

«Esto es cierto. Aunque, en verdad, me ha ayudado a mí a estar junto a él sin salir de casa durante más de un mes».

«¡Has sido bueno!».

«No sé... es lo único que se me ha ocurrido hacer: mi padre y yo nunca hemos tenido una relación muy normal desde que dejó el mar y puso los pies en tierra firme».

«¿Quieres decir que también él era patrón de barco?».

«No, pero ha sido comandante de buques mercantes durante veinticinco años y tenido que dejarlo porque le descubrieron una enfermedad en los pulmones: se ha salvado de milagro pero, después de la operación, ha tenido que dejar esa vida».

«¿Y ahora le pesa?».

«Sí. En verdad no se resigna y creo que en el fondo no asimila que yo, en cambio, tenga la posibilidad de estar en el mar como querría él... A mí, en cambio, me apetecería volver a casa».

«¿A mí me lo dices?».

«¿Por qué? ¿no te gusta estar en el barco?...¿Es por tu madre?».

«Es demasiado largo de explicar, Raffaele...».

«Vale, pero cuando tengas ganas de hablarlo, yo estoy aquí, ¿entendido?».

«Sí, gracias. Eres muy amable».

«Yo ahora voy abajo a dormir si no mañana por la mañana no me levanto. Ya son las dos».

«Yo me quedo un poco aquí. Buenas noches».

«¡Gracias!».

«¡Faltaría más!... ¡buenas noches!».

Estrella se quedó sentada durante un tiempo que no sabía descifrar, continuando la lectura en la silla. El cuerpo girado hacia el mar, las piernas estiradas y los pies apoyados en los andariveles. Después, de repente y sin ningún titubeo, como si formara parte de un plan meditado hace tiempo, Estrella se levantó, apoyó el libro sobre el primer peldaño de la escalerilla de debajo del casco, de tal manera que el papel no se humedeciera, y se dirigió hacia la proa. Con cuidado de equilibrar el peso de su cuerpo y evitando pasos demasiado fuertes, fue a estribor hacia la escalerilla que lleva a la bodega y desde allí llegó al bote.

Poco a poco, Estrella soltó los nudos que ataban la lancha al barco y, preocupada en todo momento de no hacer un ruido excesivo, comenzó a mover los brazos para alejar algún metro la lancha del barco. Luego bajó los remos al agua y empezó a remar lentamente hacia la playa.

Vista desde el mar, ahora que es noche profunda y con la luna alta, la playa parece estar compuesta de una única tira de tierra apenas extendida en la superficie del agua. El pinar y las dunas que siguen a la playa están completamente envueltos en la oscuridad y solo en un extremo de esa tira –en verdad muy lejos de donde ahora se encuentra Estrella– se ven las luces de las casas en el promontorio de Ansedonia. El otro extremo, el más interno, está envuelto también en una oscuridad que parece de color azul oscurísimo. Estrella lentamente se ha acercado a la orilla –no faltan más de cincuenta, sesenta metros– y esa porción de arena le parece moverse como sacudida por la brisa ligera que sopla.

Durante esta breve travesía, no ha querido mirar atrás ni una sola vez: Estrella ha remado sentada en el centro de la lancha, con el cuerpo dirigido hacia la playa. Esa técnica se la enseñó su padre: para poder avanzar más eficazmente, evitando el esfuerzo excesivo ocasionado por el cambio continuo de dirección típico de esas embarcaciones desprovistas de quilla, es necesario arrodillarse y mover los brazos con pequeños golpes precisos, orientando la barca hacia la meta. Y aunque ella sabe que el agua antes de la playa durante un largo tramo es poco profunda y, por tanto, que no es necesario empujar el bote hasta la orilla, ha querido esperar a sentir las palas de los remos raspar el fondo antes de levantarse y bajar del pequeño casco para amarrarlo en la orilla.

Ahora que ha llegado, Estrella siente la arena de la orilla sorprendentemente caliente y, bajo sus pies, el roce de la piel sobre las conchas depositadas por la marea baja. Todas esas conchas, apenas iluminadas por la luna, le parecen diseñar un largo encaje, quizá un velo de novia que ha sido estirado y empieza a crujir bajo sus pasos. Para no estropear todo ese paciente trabajo, después de algún primer paso, Estrella atraviesa el tramo de playa con una zancada larga en dirección a las dunas.

Mirando de frente, Estrella consigue entrever la silueta de una par de esas grandes cabañas que, como le ha explicado Raffaele que conoce esa costa, construyen los bañistas al inicio de la temporada utilizando los troncos que las mareas transportan

hasta la orilla. Cada cabaña, como si fuera el fruto de un experimento de democracia ateniense, se administra por turnos y la custodia durante la temporada una familia o, en el mejor de los casos, cuando se ocupan a primera hora de la mañana, varias familias con costumbres y horarios distintos. Alguno adorna esos refugios, además de con maderas y cortinas, con ornamentos improvisados, hechos con pareos coloridos y, los más atrevidos, con conchas y esponjas ensartadas en cuerdas fortuitas o en alguna rama seca que ahora la brisa de la noche está sacudiendo dulcemente.

Durante un instante –pero es solo una fracción de segundo– un pensamiento atraviesa la mente de Estrella: podría haber alguien que como ella haya preferido la playa a la cama o bien algún perro. Sin embargo, en vez de sentir temor ante esta eventualidad, esto la tranquiliza y no duda en retomar su camino en dirección a las dunas.

Desde el punto al que ha llegado, consigue a duras penas entrever la pequeña luz sobre el mástil de su barca, amarrada en la orilla de aquella playa. Y puesto que falta para el amanecer poco menos de tres horas, en vez de sentarse y esperar las primeras luces del alba, ha decidido dirigirse hacia el pinar. Ahora, de hecho, que sus ojos se han habituado a la oscuridad y parece que pueden reconocer sin dificultad los contornos del paisaje, Estrella quiere encaminarse hacia el sendero que, superando la última colina de arena, conduce justo a uno de los pasos de accesos al gran pinar que separa esa franja de mar de la carretera.

Es un recorrido que ella ya había hecho en los días anteriores. La segunda mañana, cuando la había despertado la respiración jadeante de los dos amantes, después de algún tentativo inútil de taparse los oídos con el cojín, había subido a cubierta y, por primera vez, se había encontrado sola en compañía de Raffaele y había aceptado su propuesta de acompañarlo a hacer la compra al pueblo. Junto a Raffaele había subido a la pequeña barca y habían alcanzado a remo la costa –en una posición menos central respecto a donde se había parado esa noche. Desde allí, atravesando primero el pinar y luego por el carril bici, ella y el patrón del barco habían llegado a pie al centro de Orbetello

desde donde más tarde, siempre siguiendo el mismo trayecto, por tierra y mar, habían vuelto en barca.

Ahora Estrella había decidido hacer lo mismo: desde el pinar alcanzará el centro del pueblo y allí esperará la apertura de la cafetería para volver después a la embarcación, cuando pasen por lo menos las 9 de la mañana. La camiseta y el pantalón que se puso antes de irse a la cama y que lleva todavía sin duda están bien para dar una vuelta por el pueblo a primera hora de la mañana. En los pies puede ponerse las chanclas que su madre ha dejado en el bote y aún tiene esos cinco euros metidos en la funda del móvil. Pero antes de adentrarse en el pinar, vuelve un momento sobre sus pasos para aferrar la parte superior de la barca y meterla un poco más en la playa, más allá de la línea de las conchas, para salvaguardarla de las olas y de la marea.

Estrella camina con paso lento: no solo por la oscuridad que le hace desconfiar del ambiente circunstante y de posibles, imprevistas, presencias, sino también su paso se ralentiza por la superficie inestable sobre la que se está moviendo.

Ya ha pasado la montaña de sombrillas rojas que Raffaele le había mostrado a lo lejos algún día antes, explicándole que esa parte de playa, reconocible de hecho por el color de las sombrillas, estaba reservada a los perros y que allí el ayuntamiento había puesto a su disposición agua, bolsas y papeleras, para que los dueños pudieran pasar un día en el mar con sus animales. Más allá de la pila de sombrillas, el camino empieza a ascender hacia la verja, superada esta, empieza el sendero que conduce a la entrada del pinar.

Justo en ese trayecto atrae la atención de Estrella una masa blanca a lo lejos, inmóvil y compacta, reluciente bajo la luz de la luna llena. También el tronco de los árboles que están próximos a ese conjunto blanco quedan irradiados por el resplandor reflejado de aquel cuerpo que se perfila nítidamente con respecto al resto de la vegetación. Por un momento piensa que podría tratarse de un pequeño automóvil, quizá uno de esos eléctricos que se usan en los campos de golf, pero a medida que se reduce la distancia, comprende que debe descartar esa primera suposición.

Ahora que Estrella está a menos de veinte metros de ese cuerpo que parece gozar de una luz propia, intuye que se trata de una gran piedra, de forma cilíndrica. Tiene un diámetro de alrededor de medio metro y una altura de al menos un metro y medio, quizá dos.

Después de algún paso más en esa dirección, lo que parecía a primera vista una parte de roca con forma de tronco revela, en cambio, los rasgos de una figura femenina, apenas esbozada, casi en espera de una ulterior mano por parte del escultor que le debe afilar aún más la cintura, dulcificar el busto, pulir las líneas del rostro y dar, por último, una forma más arreglada al montón de pelo que ahora está alborotado como el de una fiera.

Solo cuando llega a pocos pasos de distancia de ella, Estrella comprende que tiene enfrente la representación de una Medusa: las serpientes que ahora distingue en la cabeza parecen animarse con la luz de la luna y con las sombras que las ramas de los pinos dibujan sobre esa piedra. Un paso más y he ahí la inscripción en la parte baja del mármol para eliminar cualquier posible duda. En el libro de historia del arte ella había estudiado la vida de Caravaggio, sabía que el artista rebelde a toda convención había huido de Roma, pero finalmente había llegado a las inmediaciones de Porto Ercole con la esperanza de poder regresar a Roma. Sin embargo, allí, en Argentario la muerte le había alcanzado por inanición y fiebres palúdicas. Precisamente esa última expresión había turbado enormemente a Estrella, porque de inanición y de fiebre había muerto también su padre, cuando el cáncer de hígado lo había devorado con tan solo cincuenta y seis años. Durante días, después de esa primera lectura, Estrella había ahondado con particular participación emotiva en las diversas noticias sobre la muerte del pintor, entrando en un estado de profunda tristeza y casi de familiaridad con el destino de ese artista.

En un impulso repentino Estrella ha extendido las manos hacia el rostro de la Medusa, ha acariciado las mejillas y trazado con los dedos el perfil de la boca apenas entreabierta y se ha sorprendido –pero quizá sea solo una impresión– porque la piedra parecía exenta de su natural frialdad.

Después de esa visión, Estrella decidió volver hacia la playa. Allí se ha tumbado junto a su pequeña barca, quedándose durante algún tiempo con los ojos fijos hacia el cielo aún oscuro. Después, boca abajo, ha metido los dedos de los pies en la arena, doblado el brazo para usarlo de cojín y durante un tiempo indefinido se ha quedado en vilo entre el sueño y la vela.

*Twinkle, twinkle, little star,
How I wonder what you are
Up above the world so high,
Like a diamond in the sky*

*Twinkle, twinkle, little star
How I wonder what you are.
How I wonder what you are.*

(Traducción de Estela González de Sande)

De día







Nadia

Desde hace más de veinte años, Nadia es una de las *femme de chambre* del Hotel Passy Eiffel, local que, como reza el folleto, está ubicado en el corazón del décimo sexto *arrondissement* y puede presumir de una vista asombrosa, a menos de cien metros de la Torre Eiffel. La página web califica el hotel como *un destino de lujo, elegancia, y refinamiento en el corazón de una de las ciudades más bellas del mundo*. Efectivamente, el hotel, que se encuentra justo a pocos pasos de los monumentos y del centro, en uno de los barrios más exclusivos, tendría todas las características, por calidad y servicios, de un cuatro estrellas, por lo menos.

El Passy Eiffel ocupa un entero *bâtiment* del barrio residencial del Trocadero, un área elegante, por tanto, en la que, aparte de los acaudalados residentes, la clientela del hotel, más que por turistas, está formada por los delegados de los países extranjeros que participan en las reuniones de la OCSE: de hecho, la organización internacional tiene su propia sede en esta zona, que, tiempo atrás, acogía el original Château de la Muette y el parque adyacente, en los que, hacía siglos, a distancia del más popular Bosque de Boulogne, preferían pasear en solitario Luis XVI y María Antonieta.

Nadia comenzó a prestar servicio en el Hotel Passy Eiffel hace muchos años, cuando, rozando la veintena, tuvo que abandonar su anterior empleo en casa del matrimonio de ancianos que la habían acogido de jovencita, después de que decidiera escapar, huyendo del destino que la vida le había reservado al venir al mundo en una familia de artistas circenses.

Nadia es una de las más “ancianas” del hotel, junto a Virginie e Isabelle, y puede presumir con ellas dos de haber conocido personalmente a Monsieur Lazhar, el antiguo propietario del local, con quien realizó la dura entrevista de selección en lengua inglesa, española y francesa, para demostrar que estaba a la altura de las tareas que habría de desempeñar también con la clientela internacional. En virtud de la antigüedad de servicio y de la

confianza puesta en ella también por el nuevo director del hotel – el que, a finales de los años Noventa, había asegurado el paso de la rígida y menos eficiente gestión familiar de Monsieur Lazhar a la de la sociedad inglesa que se hizo con su control-, Nadia fue nombrada responsable del cuarto y quinto piso, donde están ubicadas las diez *chambres deluxe*, es decir, aquellas donde no se pernocta por menos de doscientos cincuenta euros –excluido el desayuno.

En esas habitaciones no te puedes olvidar de quitarle el polvo al televisor, de limpiar el cristal del escritorio para eliminar las inevitables huellas, de cambiar el agua al bouquet de flores que cada tres días entregaba el viverista expresamente para el cuarto y el quinto piso, de dejar a disposición del cliente un paquete suplementario de sales de baño. Pero, precisamente en las *chambres deluxe*, ocurre a menudo que los clientes, según Nadia, se comportan de manera irritante. Se trata, normalmente, de pequeños detalles que, sin embargo, Nadia ha aprendido con el tiempo a hacer caso omiso de estos.

Pero Nadia tiene también otras dotes, además de la afabilidad y de la impecabilidad con la que restituye cada habitación tras el paso de su huésped. Ante todo, una innata rapidez, con la que realiza las diferentes operaciones de colocar y cambiar las sábanas y las toallas, sin disminuir nunca la atención antes de pasar a la siguiente habitación; algo que sería intolerable, ante todo para sí misma, y, en segunda instancia, para los gestores. Unida a esta precisión y diligencia de acción, hay, además, una natural altanería en sus movimientos que se percibe ya desde su aspecto físico. Efectivamente, Nadia es alta y esbelta y emana un sentido de disciplinado cuidado de sí misma, con una belleza controlada solo en parte. Incluso viéndola ponerse el uniforme de color azul del hotel, es fácil percibir la sobria elegancia y la profesionalidad con la que ella se mueve en su propio trabajo; y todo esto le ha hecho mantener intactos con los años la estima y el respeto, no solo de la dirección, sino también de sus propias colegas y hasta de la clientela habitual.

Desde hacía años, para algunos de los huéspedes del hotel, sobre todo para los delegados del OCSE –pero igualmente

para los agentes de comercio y los empresarios que llegan a la capital francesa para las ferias-, Nadia es el punto de referencia en quien, con el tiempo, han acabado confiando. Esto no quita que provoque ciertos celos en Christine y Camille, las dos mujeres que se encargan de la recepción. No es raro, de hecho, pillar a un huésped esperando el ascensor, mientras le pide a Nadia información sobre diferentes argumentos relativos a su estancia parisina, o bien se despide de ella hasta la próxima ocasión.

Algunos clientes se han establecido en el Hotel Passy Eiffel de manera continuada: es el caso de Madame y Monsieur Duvet y de Madame Alberti. Hace casi dos años los cónyuges Duvet cedieron el gran apartamento situado a menos de doscientos metros del hotel, en Rue de la Pompe, a su hija y a su yerno –*tan cariñoso*, les gusta repetir a ellos, quizá para convencerse a sí mismos de la sinceridad de ese sentimiento– y ocupan la habitación 42, la de más de setenta metros cuadrados, con el *bow-window* justo asomado a la Torre Eiffel. El por qué lo han hecho, más allá de la clara explicación que da la anciana pareja, les pareció a muchos, pero no a Nadia, incomprensible y un dispendio inútil respecto a la posibilidad de coger en alquiler un piso en el mismo barrio, quizá un sitio dotado de alguna comodidad mayor que las ofrecidas por el hotel.

A los cónyuges Duvet, cada mañana Nadia les sirve el desayuno a las nueve en punto, con la única excepción del domingo, único día de descanso de Nadia. Sobre su bandeja, añade siempre el ejemplar del periódico que, precisamente ella, compra para Monsieur Duvet bien temprano, en cuanto sale del metro, en la parada de La Muette.

Desde finales de esta primavera, Madame Alberti, ya cliente habitual durante un par de semanas al año, ha ocupado la habitación 52. La habitación se encuentra al final del pasillo del último piso y, aun teniendo el mismo precio que la 42, es, sin duda, más pequeña que la de los Duvet, pero, a diferencia de esta, dispone de una pequeña y encantadora terracita donde la mayoría de las veces, sobre la silla de falso mimbre, se coloca León, el Shih-Tzu de Madame Alberti que la dirección del hotel, después de una semana de prueba para comprobar que el perrito

no disturbaba la paz de los demás huéspedes, le ha consentido alojar excepcionalmente. León es, de hecho, el nuevo compañero de vida de Madame Alberti –comprado apenas tres días después de la muerte de Palladio, el pequinés que había vivido con ella hasta los trece años, y poco antes que la anciana señora se decidiera a dejar Niza por París.

Cada mañana, en seis de los siete días de la semana, en cuanto traspasa el umbral del hotel, aun antes de dirigirse al sótano donde se encuentran los dos vestuarios y los almacenes a disposición del personal, Nadia monta en el ascensor y, sin necesidad de preanunciar su llegada, abre con la tarjeta *passé-partout* la puerta de la habitación 52, le pone la correa a un adormecido León y lo lleva a la calle para darle un corto, pero necesario, paseo. Y es la propia Nadia quien, ya un par de veces desde que aceptó aquel encargo especial, con el consentimiento de la dirección, ha ido a recoger a León a la tienda de Monsieur Ravet para su habitual limpieza del primer miércoles de cada mes.

Hace algún año, precisamente gracias a su fiabilidad y a su comprobada capacidad de apañárselas en las situaciones más complejas, la dirección del hotel le ofreció a Nadia que se ocupara directamente de la recepción, dejando las actividades de limpieza de las que siempre se ha encargado, pero ella declinó este ofrecimiento. Así, en seis de los siete días de la semana, de buena mañana, Nadia ha seguido cogiendo el metro en la terminal de la línea 9 de Boulogne Billancourt, el barrio de la periferia de París donde reside, en la minúscula casa que heredó de los cónyuges Lavesvre, los primeros que le dieron trabajo, recién llegada a Francia, y que, al final, la cuidaron y criaron como si fuera su propia hija –la hija que llevaban esperando toda una vida y que llegó, de repente, cuando toda esperanza parecía perdida.

Pocas paradas de metro hasta la estación de La Muette y después a pie toda la Rue de Passy, desfilando delante de los escaparates iluminados, sin parar, noche y día. A la ida, poco antes de las siete, Nadia recorre siempre la ancha acera derecha y a la vuelta –a las siete en punto– camina por la izquierda, siguiendo una rígida rutina que nunca la ha turbado, es más, alguna vez la ha tranquilizado.

En la vida de Nadia, ordenada y precisa como un engranaje de relojería, hay, sin embargo, un granito de arena que podría atascar el mecanismo. No es algo que concierna a su pasado, del que ella se liberó sin demasiados interrogantes y con la determinación que solo la adolescencia sabe poner a nuestra disposición. Aunque no la haya considerado posible fuente de dependencia, Nadia es consciente de que esta costumbre suya no se corresponde con los principios de rectitud y discreción que siempre se ha impuesto. Sin embargo, ella no puede, y, quizá excluye poder lograr controlar esta inclinación. De vez en cuando, de hecho, secundando una necesidad incontrolable, pero siguiendo toda debida precaución, y solo después de haber observado atentamente los comportamientos de las huéspedes de las habitaciones, Nadia se concede una incursión en los neceseres de las clientes del hotel.

Cada vez que ella considera que las costumbres y el cuidado personal de una huésped del hotel pueden coincidir con los suyos, cuando llega a la habitación que hay que colocar y valorar la absoluta ausencia de riesgos, Nadia emprende una rápida –pero también profunda– exploración de los cosméticos que la señora se ha llevado en sus viajes y lo hace tanto si ha dejado a la vista los estuches y frascos sobre la repisa del baño, como si los ha guardado celosamente a salvo de manos y miradas indiscretas. Entre estos productos, normalmente, Nadia selecciona solo los más apropiados para su propia persona y los que considera adecuados para su propio standard cualitativo, después, con lúcida determinación, se concede una aplicación de antiarrugas, de fluido reafirmante, de sérum contorno de ojos o de bálsamo para los labios, sin desdeñar aceite para el cabello y ungüentos para las manos.

Lo que, en cambio, nunca ha entrado en los intereses de Nadia son los perfumes. Ella tiene su propia e insustituible esencia. Todo lo demás se aleja demasiado del aroma decidido y fresco del *Air du temps*, de Nina Ricci, que usa desde su mayoría de edad, porque cualquier otra fragancia le parece insulsa, vulgar o, peor aún, pura imitación de cualquier otra cosa.

Con el tiempo y la experiencia, Nadia se ha hecho cada vez más exigente y ha elaborado una auténtica clasificación de las marcas y de los productos que prueba, poniendo siempre en los primeros puestos los cosméticos de farmacia. A veces, las operaciones de prueba pueden dificultarse, si se trata de compras recién hechas por las clientas en una de las muchas farmacias y perfumerías que están justo en la Rue de Passy. En otras ocasiones, la suerte parece ponerse de su parte, porque tubitos o tarritos, a menudo con dosis aún discretas de los costosos ungüentos, son olvidados o dejados a propósito en las habitaciones de hotel por huéspedes que ya se han marchado, y, entonces, para Nadia, es inevitable coger el producto y llevárselo consigo, para poder asegurarse más de una serena aplicación.

En algunos casos, las indagaciones cognitivas no se han limitado a variadas cremas y serums, sino que también, abandonándose Nadia entre los pliegues más recónditos de su propia vanidad, han tenido que ver con lápices de ojos, pintalabios e incluso esmaltes de uñas. Sin embargo, en cada una de esas ocasiones, Nadia ha tenido que tomar mayores precauciones antes y después de la utilización de los productos, principalmente por los tiempos requeridos para su aplicación, sobre todo en el caso del esmalte; después también por la necesidad de ocultar a sus legítimas propietarias que los maquillajes han sido utilizados: si el uso de una crema específica o también el de un lápiz se han revelado prácticamente imperceptibles al ojo de la posible cliente que regresaba al hotel, diferente sería para un pintalabios y, aún más, para un esmalte, a no ser que se trate de una huésped particularmente distraída, lo que Nadia llega a entender, con tantos años de experiencia, solo observando el estado en que la cliente deja su propia habitación y, sobre todo, por el modo en que coloca sus propias cosas. Existe, de hecho, cierta desconfianza al saber que los propios efectos personales, aunque sea durante pocas horas, están en manos ajenas y, aún más, un innato espíritu de observación que fácilmente lleva a cada mujer a localizar una tonalidad idéntica de pintalabios o de esmalte.

Hay, además, peligros ligados al posible regreso inesperado al hotel por parte de la huésped, pero también con respec-

to a dicha eventualidad Nadia, con el tiempo, ha desarrollado un método que le garantiza cierta tranquilidad de acción. Ante todo, una vez seleccionada la persona, no entra nunca en su habitación hasta que no haya pasado al menos media hora desde su salida del hotel. Solo después de que Christine o Camille le hayan comunicado desde la recepción la orden para que proceda a limpiar las habitaciones del cuarto y quinto piso, Nadia puede eventualmente emprender su exploración sin ansia y con un disciplinado entusiasmo.

Sin embargo, a pesar de la experiencia de muchos años, estas pequeñas trasgresiones se quedan confinadas en el álveo de episodios ocasionales que Nadia se concede como mucho un par de veces al mes. Claro, en algunos periodos del año estas se hacen más frecuentes, pero esto hay que relacionarlo con la afluencia de huéspedes femeninas en el hotel; lo cual está ligado no solo al periodo vacacional, cuando se registra el lleno total, sino también con el igualmente denso calendario de reuniones de la OCSE, en los meses de febrero a mayo y de octubre a diciembre. En esos periodos, cuando las llegadas y las salidas se suceden sin descanso, son Virginie e Isabelle quienes acompañan a Nadia en la preparación de las habitaciones del cuarto y del quinto piso. Con ellas, si bien a Nadia nunca se le ha pasado por la cabeza la idea de ponerlas al corriente de su pasión, se ha creado una fuerte solidaridad, tanto que, de vez en cuando, las tres se conceden el lujo de una cena en el restaurante indio o en el de tapas, que están a dos pasos del hotel.

En estos encuentros, ninguna de ellas ha deseado nunca involucrar a las nuevas chicas, con las que, tanto Nadia como las otras dos, prefieren intercambiar solo algunas palabras en los descansos para comer o a primera mañana, mientras esperan poder comenzar la limpieza de las habitaciones asignadas. Y esto es así porque hay una distancia de años entre ellas, o porque las jóvenes son consideradas por las más ancianas nada más que unas *destinadas a no durar en el tiempo*. Isabelle, en particular, es la mejor en materia de pronósticos. Así fue con las dos hermanas chinas, despedidas por hacerlas responsables del hurto de algunos efectos personales de clientes. Más recientemente le ocurrió

a Amina, la chica de Camerún, considerada culpable de una excesiva confianza con algunos clientes y, según Virginie, incluso con Monsieur Rubex, el septuagenario portero de noche.

Pero, desde hace ya dos semanas, Virginie e Isabelle han notado una insólita inquietud que parece perseguir a Nadia, y ella, respondiendo a algunas preguntas inocentes sobre su estado, ha tenido que admitir que, aun no pudiendo averiguar el motivo exacto de ello, advierte en los últimos días una extraña postración que la despierta en plena noche, dejándola después insomne hasta la mañana, cuando es ya la hora de levantarse para ir al trabajo. Probablemente, es el calor, inusual para París en este fin de mayo, o, quizá, el estrés se ha apoderado de ella y de su exigencia de tener todo bajo control, precisamente ahora que en el hotel están haciendo las obras de modernización de tres habitaciones del quinto piso y de las de la buhardilla, donde la dirección ha decidido hacer, aunque no estén provistas de ascensor directo, dos habitaciones *deluxe* más.

En este mismo periodo, aunque pueda contar con la comprobada fiabilidad de los dos obreros magrebíes, con los que ya habían contado para la veranda que instalaron a comienzos de año en el patio interior del hotel, Nadia ha tenido que sobrellevar una carga ulterior de trabajo para hacer frente a las necesidades de las habitaciones que habían quedado operativas en los pisos que le competen. Pero, sobre todo, la tarde del viernes de la semana pasada, cuando, terminada la restauración, tuvo que volver a limpiar todos los pasillos, las escaleras, los pasamanos y los marcos de las puertas del quinto y del cuarto piso, fue cuando Nadia comenzó a albergar un estado de ánimo, para ella prácticamente desconocido, casi una especie de rebelión que no la abandonó ni siquiera en casa durante el fin de semana.

Ahora que lo piensa, mientras levanta la manija del vagón del metro que también este lunes la está llevando al trabajo, Nadia siente una extraña euforia, imaginando que, finalmente, cuando terminen las obras, podrá retomar la rutina a la que está acostumbrada. Probablemente por este motivo, a diferencia de las otras mañanas en las que desfila indiferente delante de las boutiques de la Rue de Passy, se da cuenta de que, no solo está

echando un vistazo furtivo a la imagen de sí misma reflejada en los escaparates, sino que, incluso, ha probado a entretenerse, mirando una serie de artículos de lujo expuestos, hasta el punto de ralentizar el paso, con un inesperado interés.

De algunos productos, como los bolsos de noche o las sandalias de verano de Ferragamo, así como algunas blusas de rayas anchas de seda, de la misma marca, o bañadores de Darrel, Nadia ha leído incluso los precios. Este insólito estado de ánimo, de inesperada excitación, la ha acompañado todo el recorrido hasta llegar a la entrada del Passy Eiffel, donde, una vez dentro, se ha encontrado a Camille, que ya ha sustituido a Monsieur Rubex, mientras Isabelle, en el piso menos uno, acaba de empezar a tomarse su expreso doble. Y Nadia está todavía inmersa en este estado de ánimo, mientras, tras ponerse su uniforme, comienza su propio trabajo, conduciendo el carrito por el pasillo del quinto piso, directa a la puerta de la 55. En efecto, aunque no sean aún las ocho y todas las habitaciones, también las nuevas, estén ocupadas, Camille le ha dicho que puede comenzar a limpiar la habitación 55, porque Madame Génin, que la ocupa desde la noche anterior, había dejado hacía poco el hotel para ir a la Gare du Nord, desde donde debe partir para ir a Bruselas y volver en el día.

Por tanto, Nadia puede comenzar: en primer lugar, como es habitual, el cuarto de baño, después el dormitorio y, por último, antes de pasar la aspiradora, la limpieza de mesillas y escritorio, la sacudida de almohadas sobre dos *bergère*, colocar la posible ropa que haya dejado sobre la cama y, por último, hacer la cama cambiando las sábanas. A todas estas operaciones Nadia les está dedicando el cuidado y la diligencia habituales, puesto que, aun tratándose de una *deluxe*, las dimensiones del lecho en esa tipología de habitaciones han sido cambiadas por las standard, por lo que levantar el colchón y poner las sábanas tampoco requiere un excesivo esfuerzo ni produce esos dolores de espalda que desde hacía algún año, al cabo de la mañana, había comenzado a notar también ella.

Como ha ocurrido en los tres días anteriores, desde que es huésped del hotel, Madame Génin ha dejado el camisón colgado

en el gancho de detrás de la puerta del baño y Nadia sabe que tiene que doblarlo, intentando dar a la prenda una forma precisa que demuestre su capacidad de domar aquel tejido de seda y proporcionar al camión colocado sobre la almohada un aspecto del todo inmaculado.

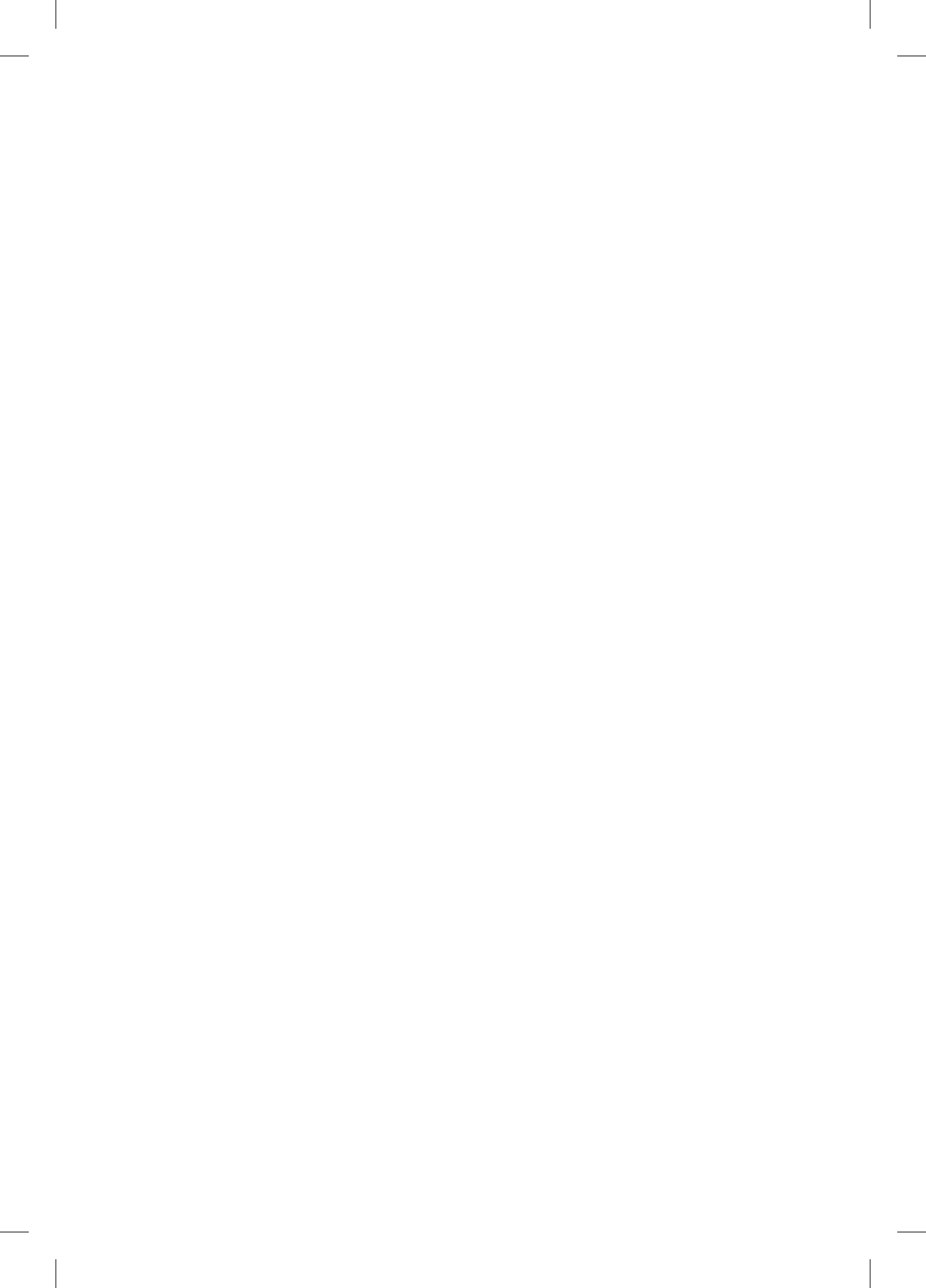
Acababa de realizar esa operación cuando una nueva curiosidad comienza a dar vueltas por su cabeza: la de echar un vistazo a las prendas colgadas en orden sucesivo en las perchas del armario. Aquí dentro, después de haber pasado revista a dos trajes de diferentes tonalidades de gris –ambos de dos conocidos estilistas que diseñan juntos y cuyo estilo Nadia siempre ha considerado adecuado para personas mucho más jóvenes que Madame Génin–, un conjunto de pantalones y blusa color tabaco y otro par de vestidos de colores oscuros, Nadia se siente atraída por el rojo bermejo del tejido que destaca entre las perchas. Lo coge por un lateral y descubre que se trata de un vestido *robe-manteau*.

Aun antes de preguntarse qué está haciendo, ya se ha quitado de encima el uniforme azul, lo ha colgado en el perchero y se está poniendo el vestido sobre su combinación. Se lo abrocha, haciendo coincidir atentamente el macho y la hembra de cada uno de los ocho botones automáticos de la parte delantera del vestido. También los zapatos azules que se ha calzado sin titubeos, prefiriéndolos a los negros que había encontrado en el armario, le quedan como anillo al dedo; por otra parte, ya se los había probado el día antes –se da cuenta, sin embargo, solo en ese momento.

El espejo en el que ahora se refleja Nadia parece animarla a probarse alguno de los foulards que hay doblados sobre la balda inferior del armario. Un solo nudo, lento, que coloca ligeramente de lado, en simetría no buscada con los cruces de los *revers* del vestido, un rápido arreglo al cabello, que, valiéndose del peine, recoge nuevamente detrás de la nuca, dos pellizcos en las mejillas, para reavivar su encarnado, sin necesidad de repasar el carmín sobre sus labios inmaculados, porque aún no ha bebido el café, y, apenas diez minutos después de haber entrado, Nadia vuelve a cerrar tras de sí la puerta de la habitación 55.

Después de haberle dado al pulsante del ascensor para el piso menos dos, el que lleva directamente al garaje, Nadia está nuevamente en la Rue de Passy y la recorre en sentido contrario al que había hecho poco antes, deteniéndose nuevamente delante de algunos escaparates. Si alguien ahora la observara con su paso controlado pero seguro, mientras desfila con rapidez por la acera, prestando atención a los cruces y a las travesías de las callejuelas laterales, preparada para esquivar con orgullosa elegancia a los demás transeúntes y a los padres que a esa hora llevan a la escuela a sus hijos, hasta llegar a la escalera del metro de la parada de La Muette, para desaparecer definitivamente en el subsuelo, podría pensar en una naranja –sí, precisamente en ese fruto– que se hubiera caído de la caja donde estaba ordenadamente colocada, junto con otras naranjas idénticas; una naranja que rueda con velocidad creciente, por la calle ligeramente en pendiente, directa a un lugar lejano de su propio previsible destino de orden y sosiego.

(Traducción de Mercedes González de Sande)







Clara

Desde que vino al mundo ella ha sido Claretta y no Clara, como consta en el certificado de bautismo depositado en el archivo parroquial de la iglesia de santa Cristina e inscrito, algunos días después, en el registro de las partidas de nacimiento del Ayuntamiento de Turín el 12 de enero de 1938.

Pero el cura, al que Olga y Luigi le habían comunicado su deseo de ponerle ese nombre, les había advertido que la niña se llamaría Clara o, a lo sumo, Chiara, pero que con toda seguridad no se le podría bautizar como Claretta.

Porque les había dicho que «no se puede poner a una criatura del Señor un diminutivo... un nombrecillo, en vez de un nombre reconocido por nuestro Señor».

«Tanto si se llama Chiara o Clara», le había susurrado finalmente Luigi a su Olga, «ella siempre será para nosotros Claretta» y así ha sido desde entonces.

Cuando solo tenía dos años, estando con las piernas estiradas en la enorme mesa de trabajo de su madre o en una de las hermosas butacas destinadas a las clientas, Claretta empezó a mostrar su alegría al aprender y repetir no tanto el nombre como el color de las muchas madejas de hilo, cintas, orlas, y de todo cuanto descubría en la mágica habitación del gran apartamento, en el segundo piso del número 23 de la calle Madama Cristina, destinado a vivienda y a *Sastrería de señoras* como indicaba la placa de latón colocada sobre el timbre de la puerta principal. Esta mezcla de vivienda y trabajo se había mostrado ante sus ojos día tras día y pronto los juegos de Claretta fueron el contenido de los cajoncitos de la máquina de coser, de los cajones de la mesa de trabajo, de las grandes sombrereras apiladas junto al probador o del baúl verde pegado a la pared justo detrás del cuarto de la plancha y de la prueba de los modelos, como también – en cuanto Claretta fue capaz de subirse a las sillas- el de las grandes cajas de cartón, ordenadas en las tablas de las repisas que la niña había aprendido a ordenar con exactitud, hasta el punto de ganarse el permiso para acercarse allí cuando quisiera.

Por ello, las primeras palabras de la niña – junto a *mamá*, *papá*, *Claretta* – fueron *rojo*, *azul*, *amarillo*, *verde*, *negro*, *rosa*, *violeta*, *marrón*, *blanco*, *naranja* y *celeste*, y muchos otros más utilizados por Olga y por las otras dos empleadas para el muestrario de telas, encajes y adornos que usaban en el trabajo. Primero la niña se familiarizó con los carretes de algodón, todos del mismo tamaño, pero cada uno con un tono de color diferente. Después se dedicó a las asociaciones cromáticas y se divertía reuniendo en pequeños grupos según el tono, no solo carretes, sino también botones, perlitas, pequeñas madejas de seda, ovillos de lana, cintas de raso y otras hilaturas variopintas. Así, por ejemplo, con solo cuatro años – antes incluso de saber deletrear esos mismos colores – Claretta era capaz de saber la diferencia entre el rojo bermejo, el púrpura, el cereza o el carmín, al aprender a identificar con precisión la madejita de algodón que debía entregar a Olga si esta pronunciaba el término *ciano* y a distinguirla de las de color azul de Prusia, añil, ultramar, flor de lis, amatista, pizarra o cobalto. Del mismo modo, aprendió a agrupar los centenares de botones, corchetes y broches distinguiendo entre un color ciclamen, un violeta, un lila, un magenta, un ciruela, un malva o un marrón. Y, naturalmente, con idéntica agudeza dominó rápidamente toda la gama de los verdes: desde el verde menta al de la bandera, desde el ópalo al oliva, del verde manzana al verde mate.

Algunas veces, durante su aprendizaje, le había asustado el nombre de algún color, que Olga, Iole o Vanda – las otras dos sastras – habían pronunciado; le había ocurrido, por ejemplo, con el ocre, el cañón de fusil, el terracota o el azufre – luego, con el paso del tiempo, esa sensación fue desapareciendo. Y todas las tardes, cuando Luigi regresaba a casa, como si quisiera exhibir los conocimientos recién adquiridos, Claretta corría a su encuentro y cuando su padre todavía se estaba quitando el abrigo, la niña estaba ya a su lado dispuesta a recitar de corrido, uno tras otro, los nombres de los nuevos colores recién aprendidos.

«Vamos, indícame ahora el color del perro que pasa corriendo» era la propuesta frecuente de Luigi, y siempre, tras un

momento de desconcierto, Claretta repetía satisfecha la respuesta aprendida: «Pero papá, ese color no existe!».

La primera vez que Clara puso en práctica sus conocimientos en materia de colores fue con la tía Mercedes, hermana de la abuela. Esta se había presentado un día en la sastrería con una voluminosa cartera que precisamente contenía tubitos de ténpera y un par de patatas envueltas en un pañuelo. Tía Mercedes se había quitado el abrigo de piel, le había dicho a Claretta que se acercara y le había mostrado a la niña cómo utilizar las patatas cortadas por la mitad, perfiladas y esculpidas con el cuchillo como pequeños sellos, para crear un mar de peces de colores o un prado de margaritas y campanillas.

Gracias a las sesiones de prueba de la sastrería, Claretta había aprendido también el poder, unas veces cruel y otras caritativo, de algunos colores: si el azul y el negro *ayudaban a adelgazar* – como a su madre le gustaba decir una y otra vez a alguna *señora* afligida por su obesidad – otros tonos, como el blanco, el rosa y el naranja surtían, sin embargo, el efecto contrario y solo los podían llevar las más delgadas.

Cuando – cumplidos ya los siete años – el taller cerró desgraciadamente por el estallido de la guerra, Clara se vio obligada a cambiar de forma radical de entretenimiento. Ya no se trataba de averiguar los nombres de los colores de las sedas, ni de ordenar los *chiffon*, los terciopelos y la pasamanería, sino de metros y metros de tela impermeable, de algodón y fieltro, todo monocolor, con los que Olga y sus empleadas empezaron a fabricar tiendas de campaña, uniformes para médicos y enfermeras y paños para reforzar las camillas. Fue en esta época cuando Olga confeccionó para su niña una tienda que fue fijada sobre el gran ventanal que permitía el acceso al balcón principal del salón. Debajo del toldo que protegía a la niña de las miradas ajenas y proyectaba su mirada hacia el *Valentino* y las colinas, Luigi colocó un escritorio – hecho por él expresamente y provisto de una tabla reclinable – en el que se colocaron las hojas de los patrones inservibles, que fueron las telas en las que Claretta, después de hacer los deberes todas las tardes, había empezado a pintar sus primeras acuarelas.

«Mamá, me voy al *imaginarium*» fue la frase que anunciaba el comienzo de cada nueva sesión de pintura de Clara: de hecho, así había bautizado Luigi el pequeño estudio que le había preparado a su hija.

Después, por decisión del abuelo Simone, pero gracias también a la perspicacia y a la intuición de su maestra, Claretta, con diez años, fue matriculada en la Escuela municipal de cerámica de Turín y admitida, años después – con una derogación especial del límite mínimo de dieciséis años previsto en el reglamento - en el Instituto de arte de Faenza, al que, en atención a su antigua denominación, aún se le conocía como Real Escuela de cerámica.

Claretta se alojó con las monjas del monasterio de las clarisas – ya sea por sus pocos años o por la repentina predilección que su nombre de pila había suscitado – y fue allí precisamente donde inició una nueva costumbre de la que ya nunca más se desprendería. Para superar la soledad y la angustia que provoca el traslado a una nueva ciudad y, sobre todo, la lejanía de sus padres y de las personas y hábitos más queridos, la joven empezó a llenar su cama con las cosas que quería tener cerca mientras dormía. Así en aquel convento, bajo la manta que Clara había recibido como regalo de su madrina precisamente el día que salía para Faenza, fueron uno tras otro hospedados: una trenza con ciento doce cintas coloreadas que Olga le había preparado expresamente, la foto de su padre y de su madre tomada en su viaje de novios a Venecia, las *Vidas* de Giorgio Vasari con todas las ilustraciones de las pinturas en color, el collar de Bobi – el perrito que su abuelo Simone le había regalado en su undécimo cumpleaños – y, por último, un pequeño estuche Peirano que en su momento había contenido chocolatinas con mazapán y en el que Claretta había apretujado algunos de sus pinceles de punta finísima.

Con el paso del tiempo, si bien la nostalgia de su familia se había atenuado al tiempo que se familiarizaba con las otras jóvenes huéspedes del convento – muchas de ellas compañeras de la escuela de arte –, Claretta no renunció a esconder en su cama alguna de las cosas que apreciaba. E incluso ya adulta, a pesar

de su matrimonio con Giuseppe, la necesidad de acostarse con algunos objetos se vio además favorecida: en su cama, con permiso del marido, Claretta renovó de vez en cuando el muestrario de objetos que entregaría a Morfeo. Así pasó, y durante mucho tiempo, con una postal del *Guernica*, que admiró por primera vez en el original cuando aún era una muchacha, junto a su padre, en el invierno de 1953 durante la primera exposición dedicada al gran maestro español en Milán; o con una foto que Luigi había sacado a los tres cachorros que su Bobi había engendrado con Lara, la perrita de la familia Tonello; o, más tarde, con otra foto: la de su Giuseppe remando y su hija Piera en bicicleta.

Por tanto, no le debió sorprender a Piera, en el obligado acto de levantar por última vez las sábanas de su anciana madre, encontrar junto a ella la caja de taracea que guardaba en su interior un camafeo engastado, una estrella alpina desecada; el librito de las Sagradas escrituras, ilustrado con miniaturas delicadísimas; una foto de la misma Piera de niña vistiendo el traje de holandesa; el cartel doblado de una exposición en la que Clara, septuagenaria, posa ante uno de sus últimos trabajos en terracota, donado a las Naciones Unidas; y un frasquito con óxido de manganeso – el color que Claretta había usado siempre para la cerámica, prefiriendo ese azul a los demás colores.

Por ello, Piera ha comunicado por teléfono su decisión de incinerar a su madre con todos estos objetos, con el fin de que Claretta pueda sentir el consuelo de sus cosas también bajo la nueva sábana de nubes y estrellas donde hace veinticuatro horas que reposa.

(Traducción de María Dolores Valencia Mirón)







Agata

Treinta líneas son demasiadas o, quizás, pocas para contar qué pasó con Agata. Así que no desperdicio ni una y digo ya que esta mañana ella, Agata, se levanta, finge ordenar las cuatro cosas que tiene en la casa, para darle sentido a esa maldita necesidad de orden, y en seguida me dice, si ni siquiera esbozar un buenos días: «Ezio, yo me voy. Recuerda que a las tres tienes que acompañar a Carlo a casa de tu hermana porque Guido prometió llevar a los niños al cine... En el Olimpia echan esa película de dibujos animados, cómo se llama, ah sí, *Los cuatro caballeros del viento*-, y nosotros... nosotros... bueno, total, es inútil que te diga que no podemos permitirnos nada, ni siquiera una tonta película para el niño una vez al mes. Así que mejor que lo lleve él al cine, Guido... por lo menos él puede!», acabó Agata con su tono desafiante de siempre.

Yo intenté decirle que de verdad hoy no podía llevar al niño a casa de mi hermana, porque le prometí a Gianni que me pasaría por su casa a las cinco, para arreglarle el calentador, porque él ya no podía esperar más. Entonces Agata me saltó con su primer: «¿Pero tú eres tonto?» y fue justo en aquel momento, pienso, que lo entendí: la situación pasó el límite y ya no podía seguir así. Me dije a mí mismo: «ya basta, le doy siete hostias justo ahí, en la cara, así cierra esa boca y deja por fin de decirme continuamente que soy tonto y que añada también: «*Llevas ocho años sin encontrar trabajo!*».

No ha pasado ni un segundo, y de hecho, ella me dice: «Ezio, pero te das cuenta que en mayo hacen nueve años, nueve años digo, que no tienes trabajo?». «Agata», intenté explicarle, tratando de no perder la calma, «vale, son nueve, nueve años. Pero tú sabes perfectamente que nunca he dejado de buscar, de hacer cosas, de esforzarme para ganar al menos diez -diez jodidos euros- que darté cada tarde cuando vuelves! Y por esto he quedado con Gianni... a lo mejor me suelta el doble por ese trabajo». Como si no hubiese dicho nada, Agata empezó a gritar... a gritar cada vez más fuerte. «¿Pero cuándo me voy a decidir?

¿Cuándo me voy a decidir ya de una vez por todas a dejarte y largarme de este infierno? ¡Todos los hombres sois iguales! Y yo que me fui contigo para escapar de mi padre, soy una pobre idiota. Mi hermana también me decía que no me fiara de ti, uno que se llama Ezio, me advirtió Aristeia, ¡no te puede traer nada bueno!».

«¡Menuda esa! ¡Todos saben a qué se dedica tu hermana y encima de todo se atreve a juzgar los maridos de otras!».

«¡Deja en paz a Aristeia! Ella sí que lo vio venir... ¿cómo pude pensar que tú eras distinto? Pero ya se acabó: además tengo a dónde ir: huyo de esta pesadilla. Ya he tomado la decisión. Me largo de aquí y me mudo a Faenza. Allí - y tú lo sabes - no tendría ningún problema de dinero, porque Rosa, mi tía, me ha vuelto a decir que no hay problema, aunque me lleve al niño conmigo, ya tiene lista una habitación para mí y Carlo. ¿Pero cuándo me voy a decidir? ¡Joder! ¿Cuándo?», suspiró un momento y volvió a la carga: «Ya ha llegado la hora, lo dejo todo, o sea, te dejo a ti que no vales para nada y me voy con mi tía. Será mayor, tendrá sus manías, pero es una persona honesta y seguramente, ¡si le echo una mano en la casa, ella me ayudará».

«Sabes que te digo Ezio, que ayer la llamé y le dije que me preparara el cuarto, porque yo, Carlo y las cuatro cosas que necesito nos vamos a su casa. Así es como se cambia de vida, Ezio querido, y no quedándose ahí como un cadáver el día entero tirado en esa maldita cama mirando el techo y fumando... Porque de todas formas no sirve de nada quedarse aquí, seguir con esta vida de mierda; ¡en cambio, solo a ti se puede ocurrir pensar que para nosotros tres son suficientes diez euros al día! Ezio, estás siempre aquí dentro remoloneando, de la mañana a la noche. Mientras yo, yo... cada santa mañana, incluso los domingos, tengo que levantarme para ir a limpiar once plantas, una detrás de otra, y salir echando chispas antes de que sean las doce, sin tiempo ni para tomar un café o un cigarrillo, y salir corriendo a pillar el trece para cruzar toda la ciudad- de una punta a otra- ¿y para qué? ¡Para ir y limpiarle el culo a una pobre vieja que me da catorce euros por tres horas al día!».

«¡En verdad te da quince euros!», la corregí como si eso pudiera cambiar mi condición. Agata entonces se dio media vuelta y ya no la volví a oír. Al poco rato, empezó arriba y abajo por el pasillo, del baño a la entrada y otra vez a la puerta, para luego volver donde yo estaba, entró en la habitación, y, con el abrigo retorcido en mano de la rabia, me dijo: «¡Para ser precisos, me paga dieciséis euros! ¿Y eso qué diablos quiere decir? ¡Si no fuera por mi hermana que nos dejó este estudio, los tres estaríamos hace ya tiempo debajo de un puente...! Ezio, pero tú... tú, repito, ¡te das cuenta de que no conseguimos llegar a fin de mes! ¡Estamos a día diecisiete y ya no tenemos dinero y yo no le puedo pedir más a Aristeia! ¿Sabes qué me preguntó mi hermana la última vez? ¿Lo sabes?».

«¡No, no lo sé!».

«Bueno, sería mejor que no lo supieras, porque Aristeia me dijo: ¿pero es que no diste con uno más gilipollas que Ezio?».

«¡Estamos a dieciocho, no a diecisiete!» le corregí y le seguí diciendo: «¡Agata, no le hagas caso a lo que te digan los demás... venga, no te pongas así... tarde o temprano, las cosas van a cambiar!» y después intenté calmarla con alguna que otra frase sin demasiado sentido. Pero Agata nada, es más, cuanto más lo intentaba, más me echaba en cara su rencor: «He sido una tonta, una pobre idiota al creer que todo iría bien con uno como tú, a quedarme embarazada con diecinueve años...! ¡Fíjate! ¡ Fíjate en mis manos Ezio! ¡Míralas!», despotricó como una loca acercándose otra vez y extendiendo los brazos. «¿Te parecen las manos de una que tiene poco más de veinte años?» me preguntó con las pupilas que se salían de la órbita.

Entonces me quedé callado, me senté en la cama con la mirada fija en el despertador que estaba parado desde hacía una semana a las veintiuna y veintidós. Luego, como Agata estaba callada me levanté y fui a la cocina a ver qué estaba haciendo. Sabía que estaba allí, porque no había escuchado ningún portazo.

La encontré de pie, ella, parada delante del frigorífico: parecía hipnotizada mirando allí dentro. Y entonces fue cuando me decidí: me acerqué y abrí el cajón de la mesa. Entonces Agata se

volvió por un momento hacia mí, dejó la puerta del frigo de par en par y me miró con la boca entreabierta intentando saber qué estaba haciendo.

«¿Pero qué haces? ¡Ezio, Ezio!», repitió. «¿Pero estás loco?», me volvió a decir cuando yo ya había cogido el cuchillo más grande del cajón.

Yo fui más rápido que ella. Una, dos, tres, cuatro, cinco... llegué hasta treinta puñaladas, señor comisario, y me paré. Me puse el uniforme de trabajo, salí, cogí el metro y vine hasta aquí.

(Traducción de Alessandra Sanna)





Edda

Ella tiene ocho años. Se llama Edda. Vuelve del colegio a primera hora de la tarde, subiendo las escaleras cargada con la mochila, que en cada escalón oscila a derecha e izquierda porque los tirantes están largos, como si debiera ponerse el abrigo incluso en verano.

Desde que cruza la puerta de casa, simplemente girando la manivela y levantando el pequeño pestillo de la cerradura que sus padres dejan abierta, Edda tiene la sensación de que algo va mal, pero no sabe por qué. En apariencia todo es igual a cualquier tarde a su regreso: su madre y la abuela están en la cocina como de costumbre, y como siempre guardan los platos del almuerzo. Su padre, en cambio, está ya en la habitación de su hermana Sveva. Desde la altura del pasillo donde se encuentra Edda puede ver de espaldas a los dos, sentados uno junto a otra; probablemente acaban de empezar a hacer los deberes, que Sveva preferiría saltarse para jugar apenas aparece Edda.

En esta aparente normalidad, Edda siente un extraño miedo que no acierta a nombrar y es precisamente ese temor el que la empuja a entrar primero en la cocina para hablar con su madre y su abuela, que parecen no darse cuenta de su llegada. La madre en particular parece obstinarse en esta indiferencia de no atender a Edda: no ha contestado a su saludo, no se ha secado las manos en su delantal, como hace siempre apenas la oye entrar, y no se ha acercado a ella para besarla preguntándole enseguida sobre la escuela. En cambio la madre y la abuela hablan entre ellas y cuando ahora intenta prestar atención a lo que dicen, Edda se da cuenta de que la lengua que usan es para ella incomprendible. Aunque pruebe a escuchar mejor y al principio pensara que era una broma, las palabras pronunciadas por la madre y la abuela le parecen sonidos sin sentido. Las dos mujeres, de hecho, hablan un idioma que la niña no conoce. Pero lo más aterrador para ella es que sea la madre que la abuela no se preocupan ni de su presencia, ni de su posible turbación. En este estado de ánimo de gran agitación, Edda sale de la cocina para dirigirse a la

habitación de Sveva. Pero también allí ha sucedido algo: cuando el padre se vuelve hacia ella, Edda siente idéntico recelo, porque él igualmente empieza a hablarle en una lengua que no consigue comprender y no sirve de nada que ella lo zarandee y les suplique a él y a su hermana una explicación, una ayuda. Tanto papá como Sveva miran a Edda con la misma mirada ausente, que ella ha notado poco antes en la madre y la abuela. Ninguno de ellos se preocupa ahora de que Edda haya empezado a llorar, implorando que le expliquen lo que ha pasado.

Edda no se tranquiliza: recorre arriba y abajo el pasillo, entre la habitación de Sveva al final del corredor y la cocina, a la entrada. La segunda vez, cuando se acerca a la habitación de la hermana, no tiene valor para entrar; porque ya unos metros antes ha oído a Sveva decirle al padre algo nuevamente incomprendible.

Por ello, Edda se ha tapado las orejas con las manos y ha empezado a gritar su nombre, desesperándose porque nadie la comprende. Y como ni siquiera esto parece haber suscitado reacción alguna en sus familiares, corre hacia el aseo, donde alguna vez se encierra antes de la cena para leer en paz el libro que le regalaron en la primera comunión. Allí dentro, sin embargo, está la madre, inclinada en el lavabo enjuagando la ropa en remojo. Y es precisamente cuando la mujer se alza para mirar finalmente a la hija a través del espejo, cuando Edda comprende lo que pasa: sí, es así, tanto la madre como quizá la abuela, y sin duda Sveva y papá, están usando una lengua pronunciada al revés, por eso si ella, Edda, intenta darle la vuelta a cada término conseguirá de nuevo tener acceso a ellos, a su familia.

Edda se ha despertado esta mañana con la sensación reconfortante de esa intuición: abriendo los ojos, todavía ve nítidamente las imágenes de la casa donde su familia vivió más de quince años, así como le parece poder escuchar todavía el eco de alguna frase pronunciada en una lengua incomprendible, en aquel sueño apenas terminado. Y mientras recoge del suelo, donde se ha caído, uno de los tres cojines con los que suele dormir, se pregunta si esa lengua que acaba de escuchar en la pesadilla era de verdad su lengua natal hablada al contrario; o bien una de

las cuatro lenguas que conoce y con las que trabaja a diario como intérprete de las Naciones Unidas... O bien, es una mezcla de otros idiomas, como el chino y el ruso, que ha aprendido en los últimos años por gusto o curiosidad personal.

Edda, en efecto, trabaja desde hace casi doce años en la ONU, desde que se mudó a Suiza, ignorando los consejos de los amigos de no dejar su puesto en la Comisión Europea y, sobre todo, de no dejar Bruselas por Ginebra -porque el nuevo empleo, si bien mejor pagado y más seguro, significaba la *muerte civil*: sí, habían usado precisamente esa expresión, para describir la vida que le esperaba en la ciudad suiza. Pero Edda con el tiempo aprecia no sólo la ciudad, sino sobre todo su tarea en el organismo internacional.

En los primeros tiempos, apenas llegada a Ginebra, cuando le entregaban el calendario de las sesiones de interpretación la misma mañana de la reunión, le costaba encontrar la sala asignada, entre las treinta dispersas en varios edificios. Muy pronto, incluso cuando el *Palais des Nations* estaba literalmente invadido por las delegaciones de los países miembros y tenía que asegurar su presencia incluso en tres salas distintas, Edda conseguía orientarse perfectamente. Es más, el primer mes había desarrollado ya una especial predilección por los más antiguos *bâtiments* A y B, porque a pesar de sus aparatos vetustos, Edda encontraba las mejores cabinas de interpretación, hechas de madera maciza capaces de atenuar el ruido de la sala y sobre todo el eco del colega sentado en la cabina de al lado. En aquellas diminutas oficinas, con poquísimos espacio a disposición, donde el vaso del café está peligrosamente a escasos centímetros del folio de apuntes y las teclas del reproductor de voz, Edda había empezado a desarrollar su trabajo en traducción simultánea -inglés, francés, alemán y español- con una benéfica sensación de protección: como una marmota, una comadreja o cualquier animalillo del bosque al reparo del frío del invierno, del hambre de los depredadores e, incluso, de la estúpida furia de algún cazador furtivo, Edda se sentía segura y relajada durante todas las reuniones.

Así, con el transcurrir del tiempo, cada parte de aquel enorme complejo de las Naciones Unidas había dejado de tener

secretos para Edda y ya no le parecía un inmenso cuerpo extraño -dominaba cada área, incluso el aparcamiento, que más de una vez en las noches de invierno le había dado miedo; o el pequeño despacho donde habitualmente compraba té de importación, cremas para el cutis y otros productos sin IVA, y especialmente chocolate para regalar a las visitas o amigos de paso. Qué decir de los divanes en piel rosa a lo largo de los pasillos en forma de hache, la vista a través de las enormes cristaleras, por las cuales en días de buen tiempo podía admirar aquellas hermosas cimas del Mont Blanc; e incluso los radiadores forrados con paneles rectangulares de mármol, tan gruesos e imponentes en su contrariedad a cualquier principio de la termodinámica; o las perchas con escrito *vêtements non-gardé*... allí todo ha asumido para Edda un sentido de natural familiaridad, hasta el punto que la misma casa donde vive, la que comparte con Elizabeth, parece también una extensión de las Naciones Unidas.

En la cocina-salón, Elizabeth había colgado un reloj, que encontró abandonado, seguramente por falta del cristal, sobre un estante del viejo archivo. También en casa, bajo la ventana que ilumina la entrada, Edda y Elizabeth pusieron el mueble para fichar de madera de los años cuarenta que había pertenecido al viejo embajador de Francia en la ONU, propietario de la primera casa donde Edda vivió seis meses, apenas llegada a Ginebra. Allí dentro, rehabilitados la mitad de los tiradores que se había quedado, Edda guardaba las medicinas y los útiles para la manicura, mientras Elizabeth guardaba cosas de papelería que no puede evitar comprar compulsivamente -como gomas de borrar, decenas de sacapuntas a manivela o eléctricos, rollos de fixo de distinto tamaño y color, correctores líquidos o de cinta, pero también lo necesario para pequeñas reparaciones, algunos sellos, innumerables postales y tarjetas de felicitación para distintas ocasiones, además de muchas más cosas colocadas con precisión, como en una auténtica papelería.

A Edda, enseguida le gustó de Elizabeth el equilibrio con el que porta -en los rasgos de la cara e incluso en los movimientos- la insólita alquimia de los lances de amor que le permitieron llegar al mundo: la China de los abuelos maternos, la Inglaterra

y la India del padre. Esta conmixti3n de culturas y rasgos somáticos a Edda le parece extraordinariamente serena y arm3nica. Y lo que encuentra irresistible es su manera de vestir: todo en su vestimenta le parece, desde el primer instante que la vio, seleccionado seg3n la practicidad, sin descuidar la cualidad, el decoro y una suerte de austera elegancia, m3s que moda propiamente dicha.

Enseguida Edda y Elizabeth se hicieron amigas, a pesar de que Elisabeth era mucho mayor que Edda. Quiz3 precisamente por reacci3n a esa diferencia de edad, entre ellas estall3 simult3neamente una epifan3a que, silenciosa y concreta, hab3a conducido a ambas hacia la superaci3n de la barrera de edad, gustos y or3genes; incit3ndolas a establecer un v3nculo íntimo, basado en numerosas e insustituibles cosas compartidas. Un sentir com3n que no tuvo nunca necesidad de declaraciones, garant3as o pruebas. Y por ello Edda y Elizabeth llevan una vida en com3n desde hace ya diez a3os, en la cual tanto en casa como en la oficina nunca renuncian a comer juntas en los descansos de trabajo, as3 como a acompa3arse en las actividades sociales y recreativas.

Las dos juntas toman el t3 a las once en la cafeter3a del *bâtiment B*, o en caso de estar ocupadas con alguna interpretaci3n, a las tres de la tarde prefieren el *Caf3 des d3légu3s* o el *Caf3 de la presse*. Desde hace tres a3os, los viernes despu3s del almuerzo van al Museo Ariana, porque adoran ese viejo edificio que est3 casi escondido en el parque, justo al lado del *Palais des Nations*. Les encanta pasar la primera hora de la tarde en la que termina la semana de trabajo all3 sentadas, en una de las mesitas *thonet* de la peque3a cafeter3a del primer piso del museo. A veces pasan el tiempo en silencio entre aquellas fr3giles reliquias, hojeando la agenda de prensa de la semana que termina o el calendario de las pr3ximas sesiones de interpretaci3n. Y todas estas costumbres no se han deteriorado ni lo m3s m3nimo con la convivencia que Edda inici3 con Elizabeth tras a3os de vida solitaria, al aceptar la invitaci3n de ocupar una habitaci3n en su gran apartamento del paseo del lago en el *Jardin Botanique*.

Ayer por la tarde, por ejemplo, Edda y Elisabeth se quedaron en la ONU más tiempo del habitual y, a pesar de la jornada complicada que les esperaba al día siguiente, asistieron a la ceremonia de donación de la obra de una artista italiana que hizo la Unión Europea a Naciones Unidas. Escucharon el discurso del director general, las palabras del jefe de prensa, del alto representante para la política extranjera de la Unión, y sobre todo de la artista, que explicó en un breve discurso, que Edda tradujo, el significado de la instalación compuesta por sombras de manos femeninas de cerámica decorada con mil colores. Al final, como hacen de costumbre en ocasiones parecidas -cada vez más raras por los recortes de presupuesto-, Edda y Elisabeth se mezclaron entre los invitados a la ceremonia, disfrutando del cocktail servido como aperitivo.

Muchos años atrás, al término de uno de estos festejos, quizá por el champagne que a Edda no le sienta bien, quiso confiarle a su nueva amiga su pasatiempo personal -definido antropológico-cultural- al cual se había dedicado por algunos años, quizá para superar la soledad y el aburrimiento del trabajo durante su periodo de admisión. No por casualidad, también en Ginebra, como había sucedido en Bruselas, circulaba la voz de que a Edda le gustaba coleccionar hombres, especialmente de las delegaciones extranjeras, sólo con el objeto de aumentar su carnet personal. En aquella ocasión, Elisabeth le dijo a Edda que no pensara en las habladurías y quiso a su vez confiarle algunos cotilleos que durante años circulaban por la organización a su costa. Fue durante ese primer momento de sinceridad, cuando Elisabeth propuso a Edda hacerle compañía en su gran casa y ella decidió inmediatamente aceptar la propuesta: tres semanas después, Edda rescindió el contrato de alquiler del mini apartamento del centro y se mudó con Elisabeth, donde vive hasta hoy.

En las Naciones Unidas, Edda traduce del inglés al francés, español o alemán y del francés en inglés, español o alemán; y naturalmente, aunque en circunstancias más bien limitadas con respecto a las dos primeras, también del alemán al francés, inglés o español, o bien de este último al francés, inglés o alemán. Está claro que esta capacidad requiere distinto grado de

dificultad, según la materia específica del debate, tanto que en algunos casos exige una preparación previa sobre la terminología específica de la reunión. Edda, por ejemplo, siempre fue muy buena en economía y con el tiempo fue ampliando notablemente su vocabulario sobre temas climáticos y medio ambientales. En los últimos tiempos, sin embargo, ha empezado a tener cierto miedo de las trampas que podría tenderle una frase. De vez en cuando se imagina posibles sinónimos o frases hechas que debe traducir. Otras veces se pierde en consideraciones semánticas o posibles alternativas a frases, como: *the snow storm accounted for ten fatal accidents*. Edda confió a Elizabeth que, últimamente y de manera cada vez más obsesiva, estas fórmulas se superponen en su mente hasta convertirse en un pensamiento repetitivo que la acompaña desde el despertar hasta la hora de dormir y, probablemente, la abandonan sólo al día siguiente cuando ese vals de frases hechas, expresiones idiomáticas y demás, vuelve a aflorar en la mente sólo como un recuerdo lejano.

Otras veces, durante el día, le sucede que no puede evitar formular una tabla mental en una sucesión de casillas y vocablos que se le pone delante de la vista y en los oídos, siguiendo un ritmo incesante, con estribillos y asociaciones:

accident accidente incidente *hasard*,
affolé affollato impazzito *plein de monde*,
appointment appuntamento salario *rendez-vous*,
assez assai abbastaza *beaucoup*,
attacher attaccare legare *attaquer*.

En las últimas semanas, en cambio, el español ha sido el motor de razonamiento. *Tallar* tagliare o intagliare, scolpire e levigare *cortar*;
tapa *tappa* o *coperchio*, *stuzzichino*, *etapa* o *parada*;
tarjeta, *targhetta* o *carta*, *cartolina* e documento
 personale *placa*;
tasca *tasca* o *bettola*, *osteria* *bolsillo*.

En la cena, cuando Edda decide por fin contar sus nuevas obsesiones, Elizabeth le confía haber sentido también algo parecido en el pasado, llegando a la conclusión de que esas ideas escondían su propio temor a no ser capaz de hacerse comprender. Elizabeth había experimentado ya una sensación semejante, era algo pasado, del periodo que precedía a algún examen y, como para Edda, se había presentado con la forma de un ansia recurrente, un pensamiento repetitivo y acuciante durante el estudio, algo parecido a lo que empieza a acorralar a la protagonista de *Simultaneo*, el relato de Ingeborg Bachmann, que Elizabeth había recibido de un colega alemán con la dedicatoria en tinta roja *para que no te pase nunca*. Tal vez a causa de estos mismos temores que la cercan incluso despierta -como Edda ha confiado a Elizabeth- es por lo que Edda desde hace semanas tiene la necesidad de traducir todos los carteles que se topa por la calle, cada panel publicitario, cada señal, la lista de ingredientes y advertencias de los paquetes de alimentos. Le es imposible detener esta operación: es como si, en lugar de leer el mensaje o escuchar la pausa publicitaria, se encontrara frente a personas de carne y hueso, con palabras precisas que necesitan su traducción.

Esta mañana Edda, si bien tranquilizada por la confianza de Elizabeth sobre semejantes angustias, se ha despertado todavía sobrecogida por la desagradable sensación de una sus pesadillas lingüísticas. En realidad, en el sueño apenas recompuesto, mientras está sentada frente a un yogurt que no le apetece nada tomar, sola porque Elizabeth ha salido muy temprano; Edda recuerda que no es el idioma de los habituales delegados el que le resulta incomprensible, sino el de sus familiares que sin embargo, al final ha conseguido comprender. Y con esta conciencia, Edda se ha vestido lentamente, ha cogido la bicicleta y bordeando el paseo del lago, ha llegado a la entrada sur de las Naciones Unidas donde tiene que empezar a trabajar a las once en punto. Esta misma mañana, antes de salir de casa, Elizabeth ha dejado un post-it para Edda, pegado en el espejo de la entrada y en el cual, en una lengua parecida al esperanto, la ha citado en el comedor, en el lado del pasillo decorado con el gran tapiz donado por Uruguay. Pero cuando, después de dos horas de inter-

pretación simultánea en la comisión que debe aprobar el informe ONU sobre la desertificación, no la ha encontrado esperándola en el sitio convenido, Edda no ha pensado en nada extraño, se ha puesto en fila paciente y ha comido sola frente a la cristalera del comedor que, más allá del jardín, deja entrever el lago.

Ha sido luego, por la tarde al cerrar la sesión, que se prolongó diez minutos con respecto al horario de la reunión, cuando Edda volviendo a su despacho ha notado que en el cuarto de Elizabeth la taza de café todavía estaba limpia y boca abajo sobre la mesa, donde las limpiadoras la colocan cada mañana. Entonces ha recorrido todo el pasillo hasta el despacho de Sandra, la coordinadora de las traducciones. De hecho, es allí donde a menudo Elizabeth la espera al final de la jornada. Pero Sandra tiene los ojos enrojecidos y se ha girado con una expresión completamente atónita que Edda no comprende, como si la hubiera pillado *in fraganti* cometiendo un delito.

La coordinadora ahora le está anunciando aquella pérdida y lo está haciendo en inglés, que no es la lengua con la cual suele comunicarse con Edda. Pero lo que más sorprende a Edda es que, mientras la mujer intenta encontrar palabras para superar el desconuelo, compartiendo el dolor de quien recibe la noticia de la imprevista desaparición de Elizabeth por un paro cardíaco, Edda ha empezado a repetir mentalmente, palabra por palabra, primero en francés, luego en italiano, en alemán y español, cada una de las frases de aquel emocionado y trágico mensaje de adiós.

Elle est morte!

Lei è morta!

Sie starb!

Ella ha muerto!

(Traducción de Belén Hernández)



Al atardecer







Diana

Hasta ayer Diana estaba convencida de que la primera vez que había visto a una persona bajo forma de animal o, mejor dicho, el primer momento en que un individuo se le apareció con el aspecto de una especie faunística fue alrededor de los nueve años. Ese recuerdo Diana lo hizo remontar a la época en la que se trasladó con su familia a la nueva casa de la calle de los Appennini, donde aún sigue viviendo. De hecho, es allí, cuando se le manifestó, de manera evidente y real, su capacidad para identificar a las personas con los animales.

Tanto los niños del nuevo edificio al que había ido a vivir, como las nuevas compañeras de clase de la escuela de la calle Dalmazia, donde aquel año comenzó a estudiar, con el tiempo se le aparecieron todos, absolutamente todos, con rasgos de animal. No cualquier animal o una única especie sino, al contrario, cada uno con una especie determinada y bien diferenciada. Diana, de hecho, recordaba haber visto enseguida a alguien similar a un perro en todo, algún otro a un pájaro, otros más idénticos a ovejas y después a terneros, a ranas, a algunos ratones, con certeza a unos puercoespines, a un coipo, a un gibón, a una nutria y a otros más.

Vittoria, por ejemplo, que se convertiría en su mejor amiga, que tenía su misma edad y había sido durante mucho tiempo vecina y compañera de juegos, le pareció desde el primer momento una pequeña cabra y, con el paso de los años, no pudo evitar verla así e imaginarla con aquellos rasgos. Incluso con posterioridad, cuando las relaciones de la infancia fueron menos frecuentes, Diana volvió a pensar en Vittoria como una de las muchas pequeñas cabras que habían poblado su imaginación. Los ojos alargados, los pómulos pronunciados y altos, su rostro aplastado, con las mejillas que parecían de repente desplomarse hasta la barbilla prominente y, sobre todo, el contorno de los labios de Vittoria, completamente tenso, como en un esfuerzo perenne por retener la dentadura compacta y saliente, casi equina, sobre la cual la lengua se agitaba visiblemente incluso en las

frases más breves... todo, en definitiva, le recordó, desde el primer instante, a la imagen de aquel animal doméstico. Y ella, Diana, entendía de cabras, porque eran animales que le resultaban muy familiares. Durante las excursiones a Terminillo de aquella época, sobre todo cuando con la familia, los domingos por la mañana dejaba Roma muy temprano – y con más frecuencia en primavera, o al final del verano – a lo largo de la carretera que subía al monte, se encontraban con rebaños de cabras, listas para salir tras una curva cerrada y entonces había que reducir la marcha del automóvil, a veces incluso había que parar para permitir a los animales retomar el camino más allá de la carretera abajo, hacia el valle o arriba, hacia el altiplano.

En una de aquellas primeras ocasiones, quizás después de una explicación detallada de su madre sobre la necesidad de que el pastor acompañara constantemente al propio rebaño y de no dejarlo solo a lo largo de los caminos de montaña, donde las cabras se podían lanzar en busca de hierbajos y de vegetación más tierna, Diana recordaba haber expresado el deseo de poseer un libro ilustrado de las especies animales. Y aquella Navidad, entre los regalos colocados debajo del árbol, había abierto un paquete que contenía precisamente un volumen sobre animales, tan enorme que, en un principio, le pareció difícil de consultar, no tanto por su contenido, que ya le fascinaba, sino por la cubierta de cartón prensado y por sus centenares de páginas. Un libro atractivo, bastante similar a los tratados de medicina colocados sobre las estanterías más altas de la librería de papá donde ella no podía llegar, con unas letras en rojo en la portada y en el lomo: *Atlas ilustrado sobre el comportamiento de los animales*.

Su padre había catalogado ese libro de *excesivamente científico para una niña de apenas diez años*, utilizando como base para su teoría lo que estaba escrito en la faja de la editorial, que había leído y releído en voz alta para que sus palabras no quedaran sin efecto. Pero Diana no se había ocupado de aquella sentencia ni del contenido – aparentemente intransigente – de la introducción al volumen en el que se decía que el texto que tenía entre las manos estaba expresamente concebido como un atlas científico ilustrado, caracterizado por un corte narrativo y sintético de los

textos, aunque riguroso y preciso, adecuado para un amplio público de lectores. Y al final del texto de la introducción, concluía con estas frases que no dejaba ningún tipo de duda:

La rica presencia de ilustraciones y diagramas hace la lectura más fácil y atractiva tanto para los estudiantes, como para el gran público de adultos apasionados por el mundo de la naturaleza. Los argumentos presentados en este Atlas son capaces de atrapar incluso al lector ocasional por su relación directa con los aspectos profundos de la psicología del hombre: competición, cortejo, egoísmo, engaño, sacrificio, colaboración, solidaridad; comportamientos que nos recuerdan a situaciones análogas de la vida en sociedad.

Diana, ávida de nuevos conocimientos e ideas, comenzó la lectura del libro con la determinación de que se convertirían en su Biblia. Después de haber completado dos veces la tarea que se había impuesto, aunque todavía le parecía que se perdía entre las páginas del texto y los miles de nombres, características, lugares y categorías, estaba convencida de que con una tercera lectura - como mucho con una cuarta - lograría controlar a la perfección imágenes y comportamientos, ampliando sus conocimientos, para así aprender con mayor precisión las características típicas de cada grupo animal. Y en efecto, cuando iba por la mitad del tercer repaso, sin confusión ni titubeos, Diana se dio cuenta de haber asimilado, por ejemplo, el comportamiento de las salamandras gigantes, maestras del camuflaje, así como el de las impresionantes anguilas pelícano, habitantes de los abismos marinos, y de otros animales que había podido conocer a través de aquellas páginas.

La niña empezó incluso a tomar notas y a repetir mentalmente, para hacerse con todas las diferencias faunísticas de las ocho áreas geográficas, de los continentes y de los diversos hábitats. Tenía claro que solo cuando fuera adulta habría podido ver de cerca a alguno de los peces de la barrera Coralina - así como a la oveja de las Montañas Rocosas o, incluso al gorila de los altiplanos, a los perros de la pradera que viven organizados en colonias, a los variopintos guacamayos escarlatas de Centroamérica, a los armadillos nocturnos de Argentina o a la gran mariposa azul de Brasil - Diana comenzó a ejercitarse desde ese

momento en un nuevo e irresistible experimento, el de comparar los rasgos humanos con los del mundo animal. Así lo hizo con cada persona que se le ponía delante: gracias a su atlas, Diana establecía el parecido con un animal concreto.

Luego en su juventud, ya perfeccionada esa técnica, si encontraba una persona que había identificado con un determinado mamífero o bien con un reptil o un insecto, se creaban ocasiones para repetidos encuentros o relaciones de amistad, ella tendría sin duda la oportunidad de comprobar si a aquellos rasgos animales correspondían también comportamientos típicos de aquella especie en particular.

Al menos hasta los treinta años – recién terminados los estudios universitarios que hizo, obviamente, en etología, y a punto de ultimar su doctorado – Diana prefirió guardar para sí misma esta facilidad que tenía para identificar al ser humano con el ser animal, con el fin de poderla desarrollar y perfeccionar cada vez más.

De hecho, había cultivado una pasión desenfrenada y una inagotable sed de conocimientos por todos los animales, especialmente si eran mamíferos, quizás con una única excepción representada por algunos pájaros – como por ejemplo cuervos y cornejas – por los que Diana había comenzado a sentir una extraña desconfianza. Ella misma, a este sentimiento, le había dado una explicación atribuyéndolo a una creciente sensación de desorientación que el plumaje de aquellos volátiles – tan oscuro, tendente al azul noche – hacía estremecer de manera repentina su estado de ánimo.

Y fue por esta razón y por su inevitable tendencia a identificar a sus semejantes con los animales, por la que Diana realizó las elecciones más importantes de su vida, sus amistades e incluso sus amores. En la escuela había encontrado a la compañera o al compañero de clase a quien unirle, en función del parecido con sus animales preferidos, sentándose sucesivamente junto a una marmota, un castor, un canario, una joven jirafa. Más tarde, cuando era casi adulta, había comenzado a seleccionar a sus primeros pretendientes. Con diecinueve años, por ejemplo, tuvo que debatirse entre aceptar el insistente cortejo de Claudio, en

todos los aspectos similar a un braco alemán – de físico atlético y alegre, comportamiento controlado y equilibrado, pero sin miedo a lo desconocido, por lo tanto, ni tímido, ni agresivo – o bien ceder a las proposiciones de Filippo, que se presentaba a sus ojos como un auténtico delfín. El mamífero acuático ganó en efecto la batalla al braco alemán, y así Diana entregó su virginidad al muchacho de piel extremadamente lisa y sin pelos, campeón de salto de altura y que, cuando elegía a los amigos a quien unirse lo hacía con la determinación de un líder y la presunción de que los machos son los individuos dominantes, seguidos de las hembras y de los jóvenes.

Si hubiese sido por Filippo, Diana se habría convertido en su esposa y se habría unido para siempre a él y al pequeño grupo de fieles amigos. Sin embargo, después de un breve paréntesis con Giuseppe – cuyo rostro, como Diana pudo comprobar, carecía de cualquier tipo de gesto, al igual que sucede con los bovinos, de quienes se puede solo intuir su estado anímico observando los pequeños sobresaltos del cuerpo – Diana descubrió con el tiempo la pasión por la especie animal de la que había estado enamorada locamente de niña: los pingüinos. E idéntico a un pingüino apareció ante sus ojos Giulio, amigo de Giuseppe. Diana ya no tuvo dudas: toda la torpeza y la rigidez que mostraba en tierra firme, se desvanecía entre las olas del mar: dentro de aquel elemento Giulio aparecía ágil, inalcanzable e incluso rápido. No fue por casualidad si su historia de amor comenzó y pudo proseguir hasta el día en el que ambos, por razones aparentemente diferentes, abandonaron los cursos de natación nocturnos.

De adulta, Diana aprendió a reconocer no sólo a sus amigos, sino también los ambientes más adecuados para ella y las personas queridas a las que poder unirse. Lo que nunca consiguió hacer – y Diana era racionalmente consciente - fue superar aquella barrera invisible entre ella y el resto del mundo. Cuando – por razones que le resultaban oscuras – Diana no estaba capacitada para asociar a alguien con una determinada especie animal, era incapaz de establecer ningún tipo de relación o contacto. Diana había logrado asimilar que había personas excluidas porque se encontraban lejos de cualquier clasificación en el mundo

animal. Pero lo que había comenzado a preocuparle desde hacía un tiempo – hasta el punto de llevarla a consultar al doctor Carlo Vinti, experto en terapias comportamentales – era la repentina imposibilidad de prolongar en el tiempo la identidad entre una persona conocida y la especie animal con la que la había relacionado. Esto es lo que la mujer temía que pudiera suceder incluso con Ottavio, su pareja.

En la última sesión con el psicólogo, Diana había recordado una circunstancia que se le había presentado en los últimos dos meses. Una mañana – un domingo por la mañana, para ser exactos – precisamente en la víspera de su cuarenta cumpleaños, se había levantado para prepararse un café, procurando no despertar a Ottavio. Diana había notado que, por primera vez, el hombre con la cabeza apoyada sobre la almohada de su cama, había dejado de parecerse al corzo con el que siempre lo había asociado.

Diana había intentado al principio negar a Ottavio y a sí misma el estupor que sentía ante aquella falta de correspondencia con el elegante cérvido. Pero después de algunos días le había sido imposible ocultar la evidencia. Este descubrimiento había turbado profundamente a Diana y le había provocado una inquietud cada vez más grande, bien por el sentimiento de derrota debido a la imposibilidad de trazar ni siquiera la mínima semejanza entre el rostro de su compañero y el de un corzo, bien por la necesidad urgente de establecer un nuevo parecido entre Ottavio y cualquier otro animal. Pero lo que aumentó aún más el estado de confusión de Diana había sido un sueño que había tenido pocos días después, en el que recordaba haberse visto de niña – con un año o poco más – en su cuna, y de repente, encontrarse delante un gato de enormes ojos avellana. En su sueño el felino había iniciado a besar la nariz y las mejillas de Diana con su pequeña lengua y casi la había ahogado con tantas efusiones. Intentando alejar al animalito, Diana se había dado cuenta en aquel mismo sueño, que quien le provocaba sensaciones desagradables ya no era el gato, sino su abuela que la estrechaba entre sus brazos mientras le hacía carantoñas.

Intranquila todo el día por aquel recuerdo, Diana había decidido llamar al doctor Carlo Vinti para que anticipara la sesión fijada para el martes de la semana siguiente y, después de haber logrado, no sin dificultad, cambiar la cita, había conseguido que la recibiera a última hora de la tarde de hoy.

Este es el motivo por el que ahora mientras el doctor Vinti la escucha, sentado en su sillón, Diana se ha puesto cómoda en el sofá – como suele hacer desde que traspasó por primera vez la puerta de aquella consulta – y ha comenzado a exponer la lista de sentimientos de su primera infancia con la clara intención de conocer la opinión de su médico sobre la procedencia o no de aquel primer recuerdo. Sin embargo, lo que Diana no comprende al final, aunque ha escuchado la explicación de su psicólogo acerca de la superposición entre la imagen de su abuela y la del gato, es por qué, cuando al final de la sesión se ha levantado y se ha girado justo hacia el doctor, lo ha visto por fin en su forma real, la de un pájaro grande atento, completamente negro, acomodado sobre su sillón al otro lado del escritorio de cristal que hace de barrera entre él y sus pacientes.

Diana lo ha reconocido inmediatamente. Es en verdad, un enorme cuervo negro, con pupilas vítreas, con estrías amarillas, similares a dos perfectas piedras de murrina, y la está mirando con intensidad. A pequeños intervalos, el ave levanta una pata y después la vuelve a apoyar, para volverla a levantar nuevamente, casi como si estuviera probando la consistencia del tejido de su asiento. Después el animal se queda inmóvil, apenas abre el pico, dejándolo abierto a medias, como si estuviese a punto de comenzar un discurso. Y lo que sorprende a Diana y le provoca repulsión mezclada con irritación es la circunstancia de que, justo ahora que le parecía haber llegado al punto crucial en la que ha logrado recordar el primer episodio en el que tuvo lugar la primera superposición entre hombre y animal, el doctor Vinti que siempre ha mantenido que quería ayudarla, en realidad permanecía en una espera incierta como si fuese Diana quien tuviese que decir o hacer algo.

Este es el motivo por el que Diana decide levantarse antes de que su médico le diga, como acostumbraba al finalizar los

cincuenta minutos de entrevista, que la sesión ha terminado. Se despide de prisa del psicólogo y llega a la puerta. Pero antes de girar el picaporte y abandonar la consulta, regresa repentinamente hacia el escritorio: le basta alzar con rapidez la escultura de mármol que está apoyada en el pequeño estante junto a la librería, para asestar un único, decidido y violento golpe, que los reflejos dispuestos de ese volátil de plumaje reluciente, no consiguen esquivar. Diana lo mira solo un instante, con el cuerpo sobre el escritorio y la cabeza ahora ya reclinada sin vida que sobresale del cristal, como si estuviese suspendida en el vacío. Al final, una vez recobrada la calma, se gira mirando hacia la salida y cerrando la puerta de la consulta, saluda como de costumbre a la secretaria al otro lado de la pequeña habitación que da a la entrada principal del apartamento, y cierra la puerta de la casa.

Diana está de nuevo sola, apenas vacila un instante sobre como bajar los pisos, si utilizar las escaleras o recurrir al ascensor, antes de afrontar de nuevo al portero, pero Diana no le tiene ningún temor. De hecho es un magnífico ejemplar de oso hormiguero gigante o *Myrmecophaga tridactyla*, es decir, un mamífero; normalmente se encuentra en Centroamérica y Sudamérica. Se trata de un ser con un espeso y robusto pelo de color marrón o grisáceo y una cola grande y tupida. Como todos los osos hormigueros, este ejemplar no tiene dientes y forma parte del grupo de los desdentados, junto a los perezosos y a los armadillos, y a Diana estos animales tampoco le infunden temor.

(Traducción de Yolanda Romano)





Fabiana

Ya no me llamo Fabiana: desde el 12 de mayo de este año mi nombre es Andrés.

Nací niña en Vietri el 24 de octubre de 1961 y, desde que tengo uso de conciencia, nunca me pregunté si me sentía hombre o mujer. Para ser sincero, al menos hasta los doce años no llegué a tener un conocimiento auténtico y cabal de mi ser y de mi cuerpo. Me sentía, más bien, como un colchoncito hinchable, uno de esos que ves en verano en la playa de mi pueblo y que, solo cuando lo has inflado, revela su forma exacta, determinada por las costuras témicas que conforman el reposacabezas y los cilindros de aire paralelos en los que tumbarse para poder flotar en el agua. Yo era también así: me mantuve a flote en el cuerpo de Fabiana sintiéndolo como un colchoncito. Luego, de repente, más o menos a los doce años, el colchoncito se desinfló y dejó de flotar de un día para otro.

Mi madre me dijo que yo también, como le sucedió a ella y antes que a mí a mi hermana Aurora, *me había hecho ya mujer*. Yo no solo me horroricé de inmediato ante esas palabras, sino que, a partir de ese momento, dejé de ponerme faldas, me corté el pelo muy corto y empecé a incubar dentro de mí un sentimiento nuevo de rabia, de rencor, quizá de odio hacia mi propio cuerpo. Luego con el paso del tiempo esa tristeza que entonces albergaba en mi corazón de niña, explotó hasta hacerse punzante como el primer disparo que desgarró el cielo del pueblo a las seis de la mañana el día del santo patrón. Para dejar de sentir ese sobresalto y esa angustia, pensé que a la sangre que no me pertenecía y que manchaba vestidos y sábanas, tenía que añadir otra sangre, más auténtica, más *mía*. De esta manera, en secreto, empecé a hacerme cortes en los brazos y en las piernas con el cuchillo de pesca de mi abuelo: al principio eran sólo unos cuantos tajos, pero luego, cuando ni siquiera ese castigo servía para aplacar mi pena, me cortaba más profundamente. Entonces no entendía del todo el porqué, pero esos cortes eran la única manera que tenía

de dejar de pensar, aunque solo fuera por unos minutos, en lo que me estaba amargando la vida.

La explicación a esa tortura vino más tarde en un sueño, cuando rondaba los veinte años: era una muchachita quinceañera, en una de esas tardes soleadas de otoño, que corría por el paseo marítimo de Salerno –el mismo al que mi padre nos llevaba a mi hermana y a mí para que *desfogáramos*, como decía él. En el sueño estaba sola y mientras paseaba decidí correr cada vez más rápidamente. A medida que me iba adentrando en el muelle, la resistencia del aire a mi movimiento era cada vez mayor. Sentía que la presión de mi cuerpo y la velocidad de la carrera me robustecía cada vez más los brazos, las piernas y los hombros y, al mismo tiempo, gracias a ese dinamismo empezaba a liberarme de todo lo que mi cuerpo tenía de femenino.

Fue quizá el miedo de estar a mi lado o, más bien, la incapacidad de entenderme del todo o el deseo inconsciente de descargar en otros el peso de una posible diversidad el motivo por el que, algunos años antes de mi toma de conciencia, mis padres consintieron que me casara con Mario, el único amigo que imaginaba o, a decir verdad, esperaba que pudiera llegar a comprenderme realmente. Pero ni siquiera con él fue así: ni siquiera Mario me entendió y los pocos meses de convivencia, menos de dos años en total, fueron aún más duros que mi vida anterior.

Sin embargo, gracias precisamente a Mario aprendí a quererme más a mí misma y a las otras mujeres. Desde el primer momento que lo rechacé intentando que entendiera lo que sentía dentro de mí, no se vino abajo, ni hizo caso de lo que se comentaba a media voz en su familia; por el contrario, me hizo conocer a las mujeres, a las de verdad, con las que empezó a salir cuando yo no quería saber nada de él.

De mi trato con ellas, empecé a distinguir los tipos de mujer que podían interesarle: las que no se dejaban el pelo corto como hacía yo, las que siempre usaban panty y no los calcetines de canalé de hilo de escocia o los deportivos de rizo. Mujeres que llevaban la camisa escotada, en vez de abotonarla hasta todo lo alto como yo. Mujeres que se ponían tacones hasta para estar en

casa o ir al partido y tantas otras cosas que para mí eran incomprendibles.

Más tarde, cuando Mario me dejó y la casa de Salerno, la que recién casados nos habían dejado sus padres, se convirtió en el territorio exclusivo de mi soledad, mi única compañía fueron los trajes del abuelo de Mario, olvidados en el armario grande de la habitación al fondo del pasillo, y los libros de ese mismo hombre, que no llegué a conocer. Mientras mi marido estaba lejos, perdido entre los brazos seguros de otra mujer, yo me quedaba en casa, me ponía las chaquetas deformadas, los pantalones con la bragueta llena de botones y las camisas con los puños y el cuello almidonados, y me sentaba en el escritorio a leer durante horas libros de historia y de pedagogía.

Y de nuevo en sueños tuve otra iluminación: yo también sería maestro como el abuelo de mi marido y lo haría cuanto antes para poder recuperar el tiempo que había perdido y quizás, con la posibilidad de poder ayudar a los niños y las niñas como yo, devolviéndoles la esperanza que yo no tuve. Así, desde ese momento, nada me ha parado, ni la matrícula en la universidad, ni las oposiciones tras la licenciatura en pedagogía, para acceder al cuerpo de maestros. Dejé Salerno y acepté la asignación de destino en una escuela de la capital.

Los siguientes veinte años he vivido aquí en Roma haciéndome llamar siempre Fabiana y maestra, y no Andrés o maestro, como me habría gustado o como me sentía en realidad. Pero ahora, pensándolo mejor, aunque haya tenido que pasar todo este tiempo, no ha sido tan tremendo. Había aprendido a flotar de nuevo: me bastó con soplar otra vez en el colchoncito hinchable, dejarme llevar durante el día, como hacía cuando era niña, y esperar a la noche, cuando entre las paredes seguras de mi casa o por calles lejanas de mi barrio, podía ponerme por fin la ropa de Andrés. Con los vaqueros anchos, las camisas de cuadros, o los jerseys de cuello alto y la cazadora de ante, Fabiana dejaba atrás el tormento que la corroía y vestía ese espíritu masculino que había terminado en el cuerpo equivocado de una mujer y así Andrés se liberaba al vuelo como una falena.

Durante todas esas noches el cine fue mi salvación: gracias a la tarjeta de docente me pude aprovechar de los descuentos y de algunas entradas gratuitas en todos los cines de Roma. La salas oscuras del Quattro Fontane, del Rialto, del Nuovo Olimpia, del Quirinetta, y también las del viejo Augustus o del Farnese, o las más cómodas del Reale o del cine Fiamma, se convirtieron en mi adorado refugio. Quilómetros y quilómetros de películas, centenares de horas de grabación, volviendo a ver incluso más de una vez el mismo largometraje, me han ayudado de manera que las carreras en coche, las peleas, las lágrimas, las venganzas bien planeadas, los abrazos, los encuentros apasionados, las risas y todas las vidas encarnadas en la pantalla por un actor cualquiera, las hacía mías. En la oscuridad de la sala encontré mi normalidad y con ella la aceptación de lo que sentía.

De este modo he sobrevivido a la condición de haber nacido mujer, a la hipocresía de quien estaba a mi lado, o a la torpeza de quien había pretendido, o simplemente, intentado imponerme su propia verdad sin tener ningún derecho a ello. Además es verdad que lo habría conseguido sin la ayuda de la terapia y todavía hoy me pregunto qué habría sido de mí si no hubiese conocido a Margherita, la terapeuta que me ha acompañado y guiado durante estos últimos cuatro años. Gracias a ella se ha producido el cambio. De hecho, por mucho que intentase vestirme evitando un género concreto, huyendo de las faldas, sin imponer más barreras a esa masculinidad que sentía aplastada dentro de mí, fue de vuelta de un viaje a París cuando sentí que había llegado por fin el momento de dar rienda suelta a mi verdadera naturaleza.

Allí en París, durante esas vacaciones, hice una prueba general: llevé conmigo de Italia dos trajes de hombre que había comprado ese invierno y no me había atrevido a ponerme. Tras registrarme en el hotel –uno lujoso, a pocos metros de la torre Eiffel, en una calle llena de boutiques de moda– me cambié, me puse uno de los trajes de hombre y una camisa con puños, y volví al hall del hotel a pedirle a la misma mujer de recepción con la que me había registrado información sobre las correspondencias de algunas líneas de metro.

He notado solo cierto empacho por parte de la mujer cuando hablaba conmigo vestida ahora de hombre. Pero luego se ha disipado todo y he entendido por fin que si yo me sentía seguro de lo que estaba haciendo podría infundir la misma seguridad al que en esos momento tenía enfrente y no secundar ni darle importancia a su desconcierto.

De vuelta en Roma lo hablé de nuevo con Margherita, le dije que me sentía preparado y que había llegado la hora de enfrentarme también a mis compañeros de trabajo para avisarles de mi cambio inminente. Margherita me dijo que ahora sí iba a ser capaz. Así pues, durante el consejo escolar del martes por la tarde, anuncié mi decisión de que iba a empezar a comportarme como desde hace tiempo me sentía por dentro, para que decidieran si querían seguir contando conmigo el próximo año en la escuela.

«¿Te vas a casar?» me preguntaron al unísono las dos compañeras más jóvenes. «No. Me voy a convertir en un hombre», contesté. Y ellas, tras un breve silencio, se levantaron y me abrazaron. Y la misma reacción tuvo al final también la directora, los otros profesores y, algunos días más tarde, incluso los padres de mis alumnos. Les pedí que intentaran contárselo con tranquilidad a sus hijos, diciéndoles que si no habían tenido ningún problema en particular, intentaría explicárselo yo mismo algunos días después en clase. Y esta mañana Matteo, un alumno, ha decidido contarle a sus compañeros lo que su madre le había desvelado el día anterior. Lo he pillado en la hora del recreo, cuando hacía poco que había conseguido reunir a sus otros dieciséis compañeros de clase, y les estaba diciendo: «La maestra Fabiana se va a convertir en maestro: su nombre será Andrés». «¿Por qué?», le ha preguntado Lucia.

«Porque llamarse Andrés» le ha contestado Matteo, «le sentará bien a su corazón». Y justamente con esta idea Andrés afronta su nueva vida.

(Traducción de Mónica García Aguilar)







Aristea

Era culta. Había estudiado por lo menos hasta los dieciocho y luego había seguido aprendiendo de la vida –mucho más de lo que cabría esperar de alguien que se dedica a ese oficio poco exclusivo que muchos califican como antiguo, aludiendo con esta connotación temporal a una actividad indigna y sórdida.

Yo la conocí hace más o menos diez años, cuando todavía no me había decidido a dar el salto y empezar una verdadera relación con una mujer, como ocurrió luego cuando encontré a Diana. Es más, a decir verdad, después de muchas historias interrumpidas o mantenidas sin interés por ambas partes a las que yo ponía fin con cierta ligereza, me había convencido de que no estaba hecho para la vida en pareja y había empezado a salir con mujeres sabiendo desde el principio que serían relaciones a corto plazo.

Sin embargo, con Aristeia enseguida sentí que sería distinto. Distinto que con todas las demás y no me equivocaba. Debo admitir que ni siquiera con Diana, con la que actualmente, después de muchos años del encuentro con Aristeia, he decidido irme a vivir, he sentido nunca lo que sentí con Aristeia.

La segunda vez que me escapé del trabajo para ir a verla a la salida de la autovía Settebagni, alegando una urgencia imprevista, Aristeia me saludó llamándome por mi nombre: «Hola, Ottavio» me dijo sonriendo «¿Cómo estás?». Un poco sorprendido por que recordara mi nombre, –una muestra de familiaridad inesperada después de apenas dos semanas desde nuestro primer encuentro– me decidí a preguntarle el suyo: «Aristeia», me dijo con su voz siempre alegre «¡Pues sí, Aristeia!», repitió y añadió: «Lo has entendido bien, mi padre estaba obsesionado con los griegos, obsesionado hasta tal punto de que le puso a su hija el nombre de un poeta famoso, que fue el maestro de Homero. ¡Sin embargo él -mi padre- no tenía nada de poético!».

Aristeia vivía en una caravana; allí recibía sus visitas. La había aparcado en un claro, casi escondida, justo al principio del

camino que sale inesperadamente de la Via Salaria y sube hacia la reserva natural. La primera vez, me la encontré por casualidad, en una calurosa noche de septiembre. Como no encontraba lo que estaba buscando -había recorrido de arriba abajo la Via Salaria sin resultado- superé Settebagni y finalmente, ya decidido a renunciar, hice maniobra en la plazoleta de una gasolinera. Allí, a través de la red que separaba la gasolinera del camino a la reserva natural, vi a Aristeia: estaba sentada en una tumbona delante de la puerta de la caravana. Llevaba un vestido verde brillante, muy ceñido, con grandes flores amarillas, como los que se ponen las mujeres cuando están de vacaciones. Tenía las piernas desnudas y en su regazo una revista que no parecía tener ganas de hojear.

En un principio hasta creí que había un camping por ahí. Pero luego, acercándome con el coche, me di cuenta de que no había nada en los alrededores, solo Aristeia, sentada delante de la caravana. Y comprendí que me había equivocado.

«Hola, ¿cómo te llamas?» me preguntó cuando bajé la ventanilla y, dando muestra de que realmente no estaba interesada en la respuesta, enseguida añadió: «Si quieres pasar, dentro hay aire acondicionado y un refresco en la nevera».

Lo primero que me llamó la atención de ella fueron las pecas que tenía en el seno, en los brazos muy finos y en las piernas largas y claras. Y también su acento, que en principio imaginé de Emilia y luego descubrí que era de Las Marcas. Después de las primeras veces, iba a hacer el amor con ella regularmente todos los miércoles por la noche, porque ese día en la tele había fútbol y así no había peligro de que hubiera cola.

Lo que enseguida me gustó de Aristeia fue su discreción, aun sin dar la impresión de querer mantener la distancia; nunca hizo demasiadas preguntas sobre mi vida, ni alusiones a las dos alianzas que llevo en el dedo. Yo fui descubriendo cosas de ella poco a poco. Había nacido en Porto Sant'Elpidio. A la muerte de su madre, cuando Aristeia tenía seis años, ella y su hermana menor, Agata, con la que solo se llevaba diez meses, se criaron con el padre, quien, a pesar de su pasión por la poesía antigua, las había forzado a ambas -esto Aristeia lo supo ya casi de adulta-

a recibir sus morbosas atenciones. Aristeia aprendió a evadirse de esos acosos leyendo: había leído y releído todo lo que pillaba, para que su mente de niña pudiera escapar de su horrible presente. Empezó a aprenderse de memoria todos los libros que tenía en casa y todos los que cogía prestados de casa de su tío. A veces, de repente, me recitaba los versos de una poesía, una parte de un relato de Verga, una frase de *Cumbres borrascosas* o el comienzo de un capítulo de la *Gerusalemme Liberata* que le habían regalado el día de la comunión. Incluso se sabía de memoria las recetas de un libro de cocina tradicional que se había encontrado al lado de un contenedor de basura, cuando ya había agotado todos los libros de su casa. Seguía teniendo ese libro en una estantería de la caravana, junto con dos fotos: una de niña en la playa y otra de cuando, varios años después, se sacó su título de contable, sentada a la mesa del bar del pueblo celebrándolo con dos compañeras de clase.

Con el tiempo, los días de la semana que me separaban del miércoles con Aristeia se hicieron largos y llenos de su ausencia. Intenté romper la rutina de nuestros encuentros primero quedándome alguna vez a dormir con ella toda la noche y luego yendo a verla dos o tres veces por semana. Una noche, le pedí a Aristeia que se viniera conmigo, que me acompañara a Grosseto durante cuatro días enteros. Ella en un primer momento me prometió que se lo pensaría, pero luego, el día antes de salir, me dijo que no quería dejar la caravana sola. Aquella vez, mientras nos despedíamos, le dije impulsivamente que a la vuelta me iba a casar con ella. Ella me respondió riendo que se lo pensaría y enseguida añadió: «Pero no podré casarme de blanco». «De verde», le dije «como la primera vez que nos vimos».

Cuando volví de Grosseto, no fui enseguida a ver a Aristeia: preferí esperar las veinticuatro horas que me separaban del miércoles. Esa noche, cuando puse el intermitente para dirigirme al camino que llevaba a su caravana, mi cabeza tardó en interpretar la imagen del claro completamente vacío, con las zarzas quemadas alrededor. Cuando bajé del coche, vi que en el suelo solo quedaba la ventanilla posterior de la caravana, con el plástico ennegrecido, llena de enormes burbujas oscuras, como

la espuma de un jabón negro. Volví a meterme en el coche y fui a la gasolinera. Aunque estaba cerrada, me acerqué al chico filipino que trabajaba allí para preguntarle si sabía algo. El lo entendió inmediatamente. Me dijo que hacía tres noches alguien le había metido fuego a la caravana de Aristeo y que antes de que llegaran los bomberos y la policía, el incendio se lo había comido todo. «Todo, amigo. ¡Todo!», repitió.

Han pasado ocho años desde entonces. Finalmente creo que he asumido lo que pasó y parece que las cosas con Diana, aparte de su obsesión por los animales, van bien. A decir verdad, sigue habiendo un momento en el que no consigo contener mis emociones y es cuando paso delante de un campo de girasoles y en mi cabeza vuelvo a escuchar la voz de Aristeo y, sobre todo, a ver las pecas por todo su cuerpo.

(Traducción de Anna Suadoni)

De noche







Galatea

Mi madre se encuentra perdida en la nebulosa de una enfermedad que, como una goma que emborriona un boceto a lápiz, difumina la silueta de la mujer inteligente, comunicativa y activa que era hasta hace bien poco. De un tiempo a esta parte ya ni las fotografías, los vídeos o carteles publicitarios donde aparece retratada como una reina de Saba con ese cuerpo escultural, ceñido con trajes deslumbrantes mientras da volteretas suspendida de un trapecio, pueden devolverle la memoria de su pasado y con ella un resquicio de identidad.

Cierto es que ni siquiera su talento como acróbata de circo ha podido salvarla de este último espectáculo de continuos saltos al vacío, al igual que, muchos años atrás, no le permitieron comprender por qué Nadia – mi hermana – se había ido. Como ahora por su enfermedad, también entonces mi madre fingió aceptar que el destino se había llevado a su primogénita. Y es triste saber que cuando hace pocos años volví a ver a Nadia por fin, nuestra madre se revelaba ya incapaz de comprender y seguir cualquier mínimo razonamiento. Pero quizá sea mejor así, habría sido más difícil aceptar que mi hermana no había muerto carbonizada en el incendio que destruyó la mitad de nuestro circo hace muchos años y que, sin embargo, Nadia había aprovechado aquellas llamas para huir lejos de nosotros y de nuestra vida.

Pero esta es otra historia, así que vamos a contarla por completo. La mía y la de Nadia es la quinta generación de circenses. Pertenece, de hecho, a una de las familias que ha construido la historia de este antiguo arte. Ese modo de vivir sin residencia fija, bajo la luz de los focos, indiferentes al paso de las estaciones y del clima, así como los trajes de lycra adornados con plumas y lentejuelas son parte de mi ADN y, de qué sirve negarlo, con el tiempo hasta yo me siento orgullosa de ello.

Estoy orgullosa de todo eso que nació de un acto de amor, como los que se leen en las novelas de heroínas y héroes y que gracias al amor continúa existiendo. A mediados del siglo XIX, de hecho, una de mis bisabuelas, noble piamontesa, se enamoró

locamente de un joven saltimbanqui al que, según dicen, había conocido en una plaza de su ciudad y al que había vuelto a ver en secreto los siguientes días durante todo el tiempo que el espectáculo permaneció allí. Sin duda se adueñó de ella una pasión fulminante, hasta el punto de empujarla a escaparse con él y sus cinco perritos – que, por lo visto, gañían como ángeles y saltaban como antílopes durante el espectáculo – y con un oso más manso que un cordero que habían traído desde Transilvania hasta Saboya.

De nada sirvieron los intentos de la familia de mi bisabuela para convencerla de que regresara: mi abuelo y ella huyeron primero a Francia y de allí a España y en los años que siguieron, junto a sus siete hijos, dieron vida al que llegó a ser uno de los circos más famosos – el Circo Tondelli – famoso en toda Europa por las increíbles acrobacias de estos siete muchachos. Mi madre es la última descendiente y nació durante una travesía de seis semanas a bordo de un barco que llevaba a la compañía hasta Argentina. Allí vivió durante al menos treinta años volviendo de vez en cuando al viejo continente para las giras. Allí es precisamente donde nacimos mi hermana y yo y, como es habitual en las familias circenses, desde nuestra más tierna edad nos iniciaron en las prácticas del espectáculo. Con cinco y cuatro años respectivamente, Nadia y yo empezamos a lucir nuestro traje azul y plata dejándonos caer desde algunos metros de altura sobre un carro de caballos conducido por mi padre. Sin embargo, ya algunos años después de nuestro debut oficial, mientras yo me sentía en mi hábitat natural, Nadia comenzó a manifestar los primeros síntomas de desazón. Ella prefería una normalidad construida entre pupitres, meriendas, deberes y juegos con compañeras, mientras los ensayos de la mañana y los espectáculos de la tarde se le hacían cada vez más pesados. A los quince años Nadia se escapó, pero todos pensamos que había muerto. Sucedió en Roma, donde estaba nuestro circo, durante un invierno en el que un incendio destruyó repentinamente casi todas nuestras instalaciones. Esa noche, junto a muchos animales y a causa del fuego, murieron mi tío Ulrico, el hermano de mi madre, su mujer Amélie y dos acróbatas húngaros que se habían unido a la

compañía hacía poco tiempo. También aquella noche, un tigre, después de haber vagado sin rumbo hasta el centro de la ciudad, misteriosamente volvió por sí solo a lo que quedaba de nuestro campamento.

En ese periodo Nadia solía dormir en la roulotte de Amélie y Ulrico para poder practicar el francés, lengua que hablaban entre ellos y que a mi hermana le encantaba. La noche del incendio todos pensamos que en aquel cúmulo de restos carbonizados de la roulotte estaba también su cuerpo. Después, un día cualquiera de hace un par de años, recibí una postal de París en la que solo había dibujada una flor: no sé muy bien por qué, pero inmediatamente pensé que la había hecho Nadia. Aunque fue necesario aún más tiempo para poder tener la certeza. Sucedió durante la gira de mi nuevo espectáculo, cuando, después de haber hecho parada en Lyon y Burdeos, llegué finalmente a París; allí tuve la clara percepción de que volvería a verla. De hecho, cada noche, después de mi número, no corría al camerino a desmaquillarme y cambiarme de ropa, sino que me metía detrás del telón para escrutar a la multitud que salía del teatro, mientras imaginaba que podría ver a Nadia entre el público. Es estúpido, pero tengo que admitir que mi mirada se dirigía siempre a las chicas jóvenes, porque me resultaba difícil imaginar una Nadia diferente a la que vivía en mis recuerdos.

La penúltima tarde, al acabar el espectáculo, cuando ya había vuelto al camerino para cambiarme de traje, llegó ella: fue un encuentro breve y Nadia me hizo prometer que no diría nada a mi madre porque en el fondo, me dijo, después de tanto tiempo, quizás era mejor para todos crearla muerta.

En aquella ocasión le conté que inmediatamente después del incendio, mientras nuestro circo se encontraba aún en Roma, pensé que podía estar viva pero después, con el paso del tiempo, era cada vez más real que ya no estaba y entonces, para vencer la angustia y el vacío de su ausencia, empecé a hablar con ella en mi cabeza imaginando que de alguna manera podía escucharme y que aún lo seguía haciendo, cada noche.

Ahora también, de hecho, cuando realizo una acrobacia o me encierran en la caja que permanece suspendida en el vacío

– es mi número estrella en el espectáculo – me doy cuenta de que casi siempre pienso en Nadia antes de empezar a liberarme y me pregunto qué estará haciendo mi hermana en ese preciso instante. Intento pensar qué haría ella si estuviera en mi lugar, allí en equilibrio sobre el cable o encerrada en ese espacio angosto, suspendida a veinte metros de altura mientras lucho contra el miedo a precipitarme haciéndome a la idea de estar sobre un cómodo colchón. Y también lo hago en otras ocasiones, por ejemplo, pienso en Nadia de repente por la noche, cuando no consigo alejar la preocupación por los contratos que en los últimos tiempos se resisten a llegar y visualizo en mi mente una y otra vez nuevos números que cautiven al público. En cada una de estas ocasiones pienso en Nadia y me digo que tal vez ella hizo bien eligiendo una vida diferente.

Y es que yo no puedo imaginarme otra vida. Es verdad, no es una vida fácil, y es duro luchar contra el prejuicio de que el circo y todo lo que en él se practica es un disparate. Ahora ya me he acostumbrado a no pensar en esas cosas, a ignorar los juicios superficiales e incluso a no responder a las preguntas más estúpidas sobre mi profesión; recuerdo que hace dos años, cuando me entrevistaron para una televisión americana poco antes de dejar el Cesar Palace de Las Vegas, el periodista me llegó a preguntar si era verdad que los recién nacidos destinados a este trabajo eran sumergidos en una sustancia especial adecuada para *reblandecer* los huesos, y hasta si me sometía cada día a un baño de aceite durante algunas horas.

Hace dos años hubo un giro repentino en mi trabajo: dejé de realizar mis acrobacias a una altura de más de cincuenta metros porque, después de haber salvado el pellejo, mi mente puso en marcha un mecanismo de autodefensa, desencadenando lo que he descubierto que son crisis severas de pánico. En Los Angeles, donde repetía el ejercicio dos veces al año bajo la atenta mirada de cientos de personas y de cámaras – caminaba sobre un cable sujeto por dos grúas a una altura de cincuenta metros y, una vez que llegaba a la mitad del recorrido entre una y otra grúa, me flexionaba y llegaba a sujetarme manteniendo el equilibrio solamente con la barbilla – noté que el cable se movía de

manera insólita. Entonces decidí volver atrás y, a través del sistema que me permitía comunicarme con los técnicos de las grúas, di instrucciones para modificar la alineación del cable. Después probé un par de veces a realizar el recorrido, con los espectadores mirando fijamente hacia arriba. No lo conseguí. Después del tercer intento, durante las maniobras para modificar la posición de las grúas, el cable se partió, hiriendo a uno de los trabajadores, aunque, afortunadamente, sólo de manera leve. Descubrimos después que las máquinas no tenían exactamente las mismas dimensiones y que la más grande acababa tirando hacia ella a la más pequeña, algo imperceptible para los espectadores, pero más que evidente para mí que tenía que caminar suspendida.

Durante todo el mes siguiente a ese episodio, en sueños me venían alternativamente imágenes de Nadia quemándose y de mí misma precipitándome al vacío o de mi cuerpo que se descomponía durante la caída perdiendo, uno a uno, primero los brazos y después las piernas y por último la cabeza, como una muñeca desmontable. Para acabar con esas pesadillas creí necesario volver a entrenarme, por lo que probé con un cable instalado en el gimnasio donde me entreno normalmente, pero cada vez que llegaba a la mitad, aunque estaba suspendida a pocos metros, mi cabeza comenzaba a dar vueltas violentamente, lo cual me obligaba a dejarme caer sobre la red de protección. Probé una y otra vez sin éxito durante tres semanas seguidas. Al final me rendí.

Le conté a mi madre lo del accidente a sabiendas de que su enfermedad le impedía hasta reconocermme. Ella, sorprendentemente, me preguntó por qué había salido antes y había ido a verla en vez de quedarme en el gimnasio entrenando. Entonces le conté lo que había sucedido con las grúas y me dijo: «Ya, lo sé. Me he enterado por la radio». Pensaba que mi madre ya no era capaz de entender nada. Sabía que escuchaba la radio, casi siempre sintonizada en una emisora de ámbito nacional en la que por la noche emiten música de los años cuarenta y cincuenta.

Ese mismo día, mi madre me dijo también: «Tanto Nadia como tú tenéis mucho miedo al vacío. Lo sé desde que erais pequeñas. Por eso le he dicho a vuestro padre que tiene que parar

ya con los ejercicios en el trapecio y sobre el cable, porque puede sucederos algo malo».

No le expliqué que papá había muerto hacía ya veintiséis años, ni que Nadia ya tenía cincuenta años y, aunque haya dado señales de vida, en realidad no quiere saber nada de mí, de nuestra madre o de nuestras vidas. Sin embargo, sí me dije algo a mí misma, que tan cierto como que me llamo Galatea, me vería obligada a tomar una decisión que mirase por mí, por mí misma. Y eso es lo que he hecho: ahora mi cuerpo lo doblo y lo estiro hasta donde puedo y no me fuerzo más allá de los límites que marca mi mente. Galatea no volverá a sobrepasar esos límites. Nunca más.

(Traducción de Sara Velázquez)





Louise

Cuando Louise se ha dado cuenta de la existencia ese inmenso montón de maderas depositadas en la acera a modo de defensa de un improvisado grupo de chabolas, justo ahí, en el corazón de la ciudad, a apenas unos metros de distancia de la suntuosa entrada de su hotel – el Taj Mahal –, ha sentido que el corazón se le encendía, primero era la maravilla, luego el deseo, el deseo ardiente de llevárselas todas, así en bloque, para trabajarlas en su estudio-depósito de Manhattan. Pero antes de que se diera cuenta de que eso no iba a ser posible, ha recorrido un trecho de la calle que le separaba de ese amontonamiento caótico y se ha puesto a observarlo de cerca con extrema atención.

Como sucede en estos casos, Louise avanza con elegancia y circunspección, disimulando sus intenciones, con el miedo de que otra persona pueda intuir sus movimientos y apropiarse del tesoro antes que ella. Las densas pestañas recubiertas de rímel, que ella se obstina en ponerse a pesar de su edad y del calor sofocante de Mumbai para seguir fiel a la imagen que de ella tiene el resto del mundo, hace que se parezca a uno de los tantos cuervos que graznan en el calor de la tarde, posados en una rama o en el alféizar de una ventana o, más imprudentemente, abajo, en la calle, esquivando las ruedas de los vehículos que corren por el asfalto.

Cuando se ha visto allí, ante esas maderas, Louise ha sentido todavía con más intensidad la emoción del descubrimiento y el asombro inicial ha dejado sitio al desconcierto ante la magia y la belleza del espectáculo. Como los de un arqueólogo, sus ojos negros han recorrido cada detalle del conjunto, reconstruyendo la apasionante aventura de la existencia que narran esos fragmentos de objetos, gastados, hechos añicos, o simplemente marginados y condenados a la ruina por efecto de un capricho o por ansias de cambio de alguien que se ha deshecho con desenvoltura de lo superfluo y lo ha abandonado.

Louise se acerca todavía más para observar la pata pulida de una silla. La saca con cuidado del conjunto aparentemente indistinto de escombros. Agarra con una mano el borde de la que debe haber sido una cornisa. Luego echa el ojo al fragmento de un cuarterón con la bisagra de hierro batido todavía clavada con fuerza en los robustos ejes de madera. Por eso, dirige una amable petición de ayuda al joven guía que le acompaña y que se ha mantenido prudentemente a distancia, mientras la anciana señora, elegantemente vestida con uno de los nuevos *saris* que le han confeccionado con las sedas que ella había elegido en el hotel poco después de su llegada, le indica el fragmento que despierta su interés.

El chico no comprende inmediatamente lo que le ha pedido Louise: ella tiene que explicárselo y repetírselo, recalcando las palabras lentamente al menos tres veces, pero, al final, con una sonrisa dócil y un ligero movimiento de la cabeza, él accede y empieza a sacar del montón de chatarra el eje atornillado que le ha indicado la mujer.

Poco después, con ese trofeo en la mano, Louise – seguida siempre del joven guía transformado momentáneamente en mozo – entra en el vestíbulo del Taj Mahal. Allí dentro, sin prestar atención a la sucesión de reverencias que el personal vestido de maharajá le dispensa, Louise se dirige directamente a uno de los ascensores que la conducirá al último piso, a la *suite balcony*, elegida con cuidado en lugar de la que le habían asignado en el piso inferior. De hecho, desde hace más de diez días, Louise ocupa uno de los apartamentos de la categoría extra-lujo situados en el lado occidental del edificio y que se asoman directamente sobre el Mughal Delhi y aquí ha reservado uno de los tres armarios asignados para custodiar los nuevos tesoros recogidos por las calles de Mumbai. Es verdad que se trata exclusivamente de piezas de dimensiones reducidas – un par de patas de mesita, la puerta de una mesilla de noche, la parte frontal de un cajón, una madera pulida utilizada seguramente como base de una lámpara y un pomo grande de madera con una serpiente tallada en el centro – porque naturalmente, para el viaje de vuelta fijado den-

tro de dos semanas, ella no podrá llevarse consigo mucho más material además de su equipaje.

En su laboratorio los cuerpos heridos y abandonados que Louise ha recuperado por las calles de la India, salvándolos de un destino de olvido y destrucción, empezarán a dialogar entre ellos. Cada uno contará su historia y establecerá lazos personales con los otros. Sin duda, emergerán afinidades electivas y antinomias, rítmicas correspondencias amorosas y algún altercado hostil. Alguna pieza se afirmará con la prepotencia de su propia fisicidad sobre la cortesía y la delicadeza de otros, algunos confiarán su fruto de belleza a la edad y a las señales de su propia vivencia, otros a la extravagancia o a la dureza de carácter, otros incluso a la frivolidad y a la amable elegancia de su estilo.

La maga Louise oirá las razones de cada uno de ellos, sumergiéndose con beatitud en el alegre concierto de voces y, al final, conseguirá que cada uno suene las notas mejores: sabrá conciliarlas y componerlas, dándoles un tiempo y un ritmo y sacará una maravillosa melodía de conjunto que ella sola, como artista, sabrá establecer. Finalmente, sobre todas las cosas Louise extenderá un color, pero esta vez, quizás, será distinto. No será el negro único e imparcial, el color que, para ella, es el más aristocrático; ni el blanco absoluto y puro que consigue cubrir de misterio todas las formas, como hace la nieve cuando recubre las ciudades en los meses de invierno, esa nieve que Louise lleva siempre en el corazón. De hecho, con estas piezas Louise querría atreverse con el esplendor alquímico del oro, el oro sagrado de las divinidades que le han encantado en los templos y en los temples votivos de la India.

Por qué Louise está en la India y por qué se encuentra en Mumbai ella sola, es una historia que no parece que tenga que ver con lo que el destino está a punto de repararle en esa tierra lejana que ella ha deseado siempre conocer y que sólo ahora se ha atrevido a hacer, regalándose un mes de descanso absoluto antes de su enésima consagración, cuando, de vuelta a América, su nueva e inmensa obra engalana el Embarcadero Center de San Francisco. Inicialmente, Louise había programado este viaje con Giovanna, una amiga italiana conocida a finales de los años

sesenta cuando la habían enviado a la Bienal de Venecia y luego, más tarde, a Milán y a Roma para una serie de muestras. Desde entonces Giovanna y Louise se habían mantenido en contacto y habían cultivado esa amistad, además de con largas cartas, con viajes a países lejanos. Habían escrito una larga lista que, con los años, siguiendo ese propósito, había ido adelgazando: faltaban la India, Argentina y Tailandia. Esta vez le había tocado a la India, pero Giovanna había desistido cuando no faltaban ni tres semanas.

Sin embargo, quizás el motivo del viaje de Louise y de esta pausa para descansar está ya manos a la obra en este momento, mientras ahuyenta el pensamiento que le angustia desde hace ya algunos años. Ella ha afirmado siempre, incluso públicamente – aunque no le guste expresarse a través de sus esculturas – que el arte está en todas partes, en el sentido de que las cosas están a nuestro alrededor, incluso las que hemos descartado porque consideramos que han consumido su flujo natural, son ya *arte*. Es verdad que se necesita una mirada nítida para poder captar la belleza y para que esta se muestre a la mayoría. Pero ahora le parece que ya no tiene tiempo suficiente para proseguir su obra y querría poder dictar, como si se tratara de un legado testamentario, todos sus proyectos para asegurarse que se lleven a cabo también después de que ella ya no esté.

Si Louise intenta ser racional y mirar hacia atrás, quizás, sus temores no tengan fundamento. Por otro lado, come le van diciendo sus amigos más íntimos a los que ha conseguido confiar sus nuevos demonios, alguien recogerá sin duda su legado y pondrá en orden una vida, la suya, dando un sentido a esos gestos y a esas acciones, como ha hecho ella recogiendo objetos y poniéndolos juntos para crear obras de arte. Pero ¿quién lo hará? Es eso lo que le gustaría saber.

No será seguramente su única hija, Anne, que ella ha abandonado hace más de medio siglo para seguir su camino en el arte y que también ahora que la ha vuelto a encontrar se lo paga con la misma indiferencia. Hace dos meses y sin medios términos, Anne le ha dicho a Louise que no sabría qué hacer con todas esas carretadas de basura que ha acumulado y que ella, su

hija en el registro – aunque no la ha llamado nunca mamá–, en otros tiempos habría hecho lo que fuera para recibir al menos la milésima parte de la pasión y del amor que, en cambio, Louise ha volcado en las cosas inanimadas.

Louise tiene en la cabeza estos pensamientos tras la enésima noche de insomnio y un desayuno que ha querido que no se lo sirvieran en la habitación, cuando por error, las puertas del ascensor, que deberían llevarla de vuelta a su piso, se abren en un pasillo que no reconoce. Sin embargo, está segura de que ha seguido las luces de los botones que se encendían progresivamente desde el primero al noveno piso. Cuando ya ha salido del ascensor, Louise comprende que sobre el último piso – el de la *suite balcony* – evidentemente existe otro nivel cuyos pasillos tienen, si se miran bien, techos mucho más bajos y una decoración dominada por el azul intenso de la moqueta y de los revestimientos de seda de las paredes: madera de roble, cristales, latones cromados y mármoles adornados sobre las consolas y sobre las mesitas llenas de flores y plantas, se alzan como contrapeso de los muebles y cuadros ingleses del siglo XIX que adornan, en cambio, los pisos inferiores.

Cómo ha podido terminar allí arriba, sigue siendo un misterio, porque Louise está segura de que ha pulsado el botón de su piso, el noveno, y también que en la caja de mandos no había otros símbolos que pudieran haberla confundido. Con mucha probabilidad la habrán subido los criados, al llamar ellos al ascensor a ese piso: es esta la explicación que se está dando Louise mientras decide volver a su habitación. Pero no puede hacerlo utilizando uno de los ascensores que está en ese pasillo porque también el que está en frente del que ha salido, y que ha cerrado las puertas inmediatamente a sus espaldas, no tiene botón para llamar y se puede poner en funcionamiento sólo con una llave que, naturalmente, ella no tiene.

En el lado más largo del pasillo Louise intuye cuatro puertas dispuestas una detrás de la otra, pero ninguna parece que lleve a las escaleras. De cualquiera de las maneras, no puede hacer nada más que dirigirse lentamente en esa dirección en busca de una salida y sólo cuando cree que ha llegado al final del pasi-

llo y está decidida a recorrerlo hacia atrás para intentarlo por el lado opuesto, descubre a su derecha una puerta distinta a todas las demás, blanca y metálica.

Sin embargo, lo que le aparece delante en cuando la abre no tiene nada que ver con el pasillo de una rampa: más bien es el atrio de un ambiente muy amplio, en el que el aire acondicionado parece que ha perdido la batalla con el calor de Mumbai. Atreviéndose más allá de la puerta, Louise observa el gran local inundado de luz y es en ese momento en el que, finalmente, puede dar un sentido más completo a sus primeras suposiciones. Ante sus ojos se presenta lo que parece una enorme lavandería y allí Louise consigue contar una veintena de lavadoras de grandes dimensiones, algunas sólo parcialmente visibles porque están en gran parte ocultas por grandes telas, sobre todo sábanas, pero también por grandes toallas de un blanco que ciega – justo como en una película del neorrealismo italiano que tanto le gusta a Louise –, colgadas para secarse a lo largo de un conjunto de cuerdas dispuestas paralelamente a menos de medio metro la una de la otra.

Como un pájaro que se ha encontrado al azar en un espacio cerrado mientras busca una vía de escape que lo lleve de vuelta a la libertad, Louise se mueve entre esos pasillos de paredes provisionales, un poco oscilantes y perfumadas con soda, hasta que, de repente, su campo visivo se llena de color y, más allá de las primeras cuerdas, se abre un segundo ambiente, también este modulado por un conjunto de cuerdas paralelas de las que cuelgan prendas de color que, tras una primera vacilación, Louise identifica con las prendas pertenecientes a los huéspedes del hotel. Los han colgado todos en perchas de hierro y están divididos por el tipo de prenda: después de las camisas, los pantalones, dados la vuelta y colgados por las patas de tal manera que queda colgando la cintura, casi como si quisiera diseñar grandes símbolos de victoria; luego algunas faldas, algún vestido de mujer, pijamas de hombre e incluso una enorme fila doble ocupada exclusivamente por bragas, sujetadores y combinaciones.

Por todas partes en el suelo hay cestas llenas de otras prendas que, con toda probabilidad, ya las han lavado y secado

y que ahora esperan a que alguien las planche, mientras en una mesa grande, al fondo de esa enorme estancia, están dispuestas enormes pilas de toallas dobladas, divididas por dimensiones y tipología, preparadas para que se las lleven en carretillas. Pero quién lleva a cabo esas operaciones, y sobre todo cuándo, sigue siendo un misterio, ya que todo el espacio por el que se mueve Louise parece completamente desierto y la única cosa que hace ruido – aparte de su corazón – son algunas lavadoras en marcha y los ventiladores del techo que, como un gran ojo, parece que supervisan toda la superficie.

Tras esos descubrimientos, Louise ha decidido volver sobre sus pasos porque, sin duda, al otro lado del pasillo –el que ella no ha recorrido al dejar el ascensor – tiene que estar el acceso a las escaleras que está buscando y, si no es así, entonces no le quedará más remedio que esperar a que alguien se asome a ese piso desde el ascensor para poder volver a su habitación.

Lo que sorprende a Louise mientras piensa qué es lo que va a hacer es la ausencia de ansiedad por esa situación insólita y es con esta conciencia que ahora se dispone a recorrer uno de los pasillos delimitados por las sábanas para salir de la lavandería, cuando su mirada se para en la imagen de algo que pertenece a una percepción remota, como si poco antes lo hubiese entrevistado, pero sin atribuirle una definición precisa. Sin embargo, ahora esa visión se le vuelve a proponer con una inmediata nitidez: en un lado de la enorme estancia, justo a la derecha del atrio que Louise tiene que superar para salir de la lavandería, se distingue con absoluta claridad la figura de una niña de la que puede adivinar la edad: alrededor de diez años. Ese cuerpecito grácil con la piel de ámbar, en ligero contraste con la tunicuita remangada color marfil que lleva puesta, parece que ha salido de una pintura de Degas: como una joven bailarina, la chiquilla está sentada en el suelo, con las piernas abiertas y la espalda ligeramente doblada para favorecer el movimiento de los brazos extendidos hacia adelante.

«Hello», le dice Louise.

«Hello», responde la chiquilla sin preocuparse, como si ese encuentro fuese para ella absolutamente normal.

«What are you doing?», pregunta Louise, como intentando buscar una certeza. Pero la niña no se gira hacia ella, aunque su mirada siga lateralmente el progresivo acercarse de la mujer.

«What are you doing?», pregunta de nuevo Louise. Pero esta vez se trata de una pregunta retórica, porque se ha dado cuenta ella sola de que la niña está doblando con sumo cuidado algunas prendas y las dispone en pequeñas pilas de tonos distintos. Son prevalentemente bragas, sujetadores y otras prendas íntimas de colores pálidos.

Louise ahora se ha parado casi al lado de la niña y la observa mientras repite esas operaciones aparentemente todas iguales: con meticulosidad, saca cada prenda de una cesta y, después de haberla doblado varias veces, las apila una encima de la otra en uno de los distintos montones dispuestos delante de ella.

Las maniobras que lleva a cabo la niña, en una sucesión de pequeños movimientos, le recuerdan a las de una arpista, concentrada en tocar sin partitura una música que conoce. Por eso, admirada por ese espectáculo ejecutado en su honor, Louise da apenas un paso hacia atrás desde el punto en el que se ha parado, lo suficiente para apoyarse en un mostrador que está allí cerca y quedarse observando hasta que termine su trabajo. Y eso es lo que pasa cuando ese mudo concierto llega a su fin: la niña se levanta, recoge una a una con sus propias manos algunas de esas pequeñas torres de tela y se dirige lentamente hacia una de las sábanas tendidas en el fondo de la habitación. Louise la observa mientras levanta un borde y pasa al otro lado, a un espacio del que ella antes no se había percatado.

Luego la niña vuelve a aparecer por detrás de ese telón para recoger otros montoncitos de ropa y, lentamente, con religiosa precisión, recorre durante cinco veces el mismo trayecto hasta que el suelo, en el que había doblado y ordenado las prendas, se queda finalmente despejado. En ese momento la niña lo observa, como para verificar que efectivamente ha llevado a cabo todo el trabajo sin olvidarse de nada y sólo ahora se gira para mirar por primera vez a Louise a través de sus largas pestañas negras. Se le acerca sin decirle nada, la coge de la mano y tira de ella.

De la mano, la anciana mujer y la niña que la precede llegan a la sábana por la que la niña ha desaparecido un poco antes. Es ella la que la levanta y le hace una señal para que la siga.

Un sorprendente diseño se revela inmediatamente a la vista de Louise: todos esos montones de ropa interior los ha colocado en el suelo para crear un motivo geométrico, parecido a una gran flor, o mejor – como comprende un instante más tarde Louise – un mandala, hecho de pequeños montoncitos de telas pintadas que la niña ha doblado y ha colocado con precisión. Y es una escultura de una belleza tan grande y tan franca que Louise, sólo con dificultad, consigue controlar sus emociones. Es de nuevo la niña la que le ayuda, le acerca un taburete y la invita a que se suba encima. Louise accede mecánicamente a su petición y no puede por menos de probar una nueva y punzante agitación mientras la niña le vuelve a coger la mano y la aprieta todavía con más fuerza como para tranquilizarla.

Desde esta nueva altura, aunque sea mínima la diferencia – Louise observa ahora a dos metros del suelo aproximadamente – el diseño del mandala revela un lirismo aún mayor: hay formas y yuxtaposiciones que se desvelan sólo ahora, como en un bordado realizado con un enorme ganchillo.

«This is simply marvellous... marvellous my sweet!», es la única frase que consigue pronunciar Louise, mientras una lágrima, ennegrecida con el rímel, cae al suelo de linóleo.

La que entonces era una niña de apenas once años, tiene ahora veintiséis, se llama Sonia y se está moviendo con desenvoltura en la enorme habitación del apartamento en el que vive desde hace quince años. Las puertas correderas del armario con espejo reflejan en la luz del atardecer las figuras de los rascacielos de una Nueva York de finales de los años noventa y ella, Sonia, está descolgando de las perchas algunos vestidos que luego recoge y dobla colocándolos en el suelo en pequeños montoncitos de tonos parecidos.

Este es el juego que Sonia lleva a cabo de vez en cuando – a menudo, antes de que oscurezca – y lo hace incluso ahora que ya ha crecido, que ya no vive en Mumbai, que tiene una nueva madre, que tiene la misma edad que esa tía que la había acogido

cuando perdió a sus padres. Su nueva madre se llama Louise y desde que se han encontrado ha dejado de tener miedo del futuro y ha empezado a colorear sus esculturas de oro.

(Traducción de Milagro Martín Clavijo)





Bianca

Su nombre, Bianca, es un oxímoron. Bianca no sabe qué significa esa palabra, pero seguramente aceptaría su significado y lo atribuiría a su identidad y, quizás, este nombre le parezca absolutamente natural, porque sabe que en su lengua, se refiere a la pureza del espíritu y a la fortaleza de ánimo. Ella que tiene veintisiete años, que es guapa y armoniosa como una estatua de obsidiana, que conserva intactas en su cuerpo y en el rostro los rasgos de una adolescente, que ahora habla un idioma diferente al que le enseñaron sus abuelos, ella que aprendió a desenvolverse en Roma con la misma agilidad que las gacelas que avistaba por la mañana temprano, detrás del cercado, ella que es todo esto, es además negra.

Bianca es una negra auténtica, una Samburu, una de las tribus del África Negra, y, como muchos otros negros, Bianca dejó su tierra para venir a Italia, a esa Roma donde antes solo había blancos, y donde ahora los negros, aunque sean ya más numerosos, siguen siendo negros. Negros, aunque una se llame Bianca.

Es una larga historia cómo consiguió llegar a Italia y las marcas que todavía guarda escondidas bajo su piel. Una historia que ella, cada vez que le preguntan, varía en el comienzo o en otros elementos de la narración, como si fuera una aventura de Salgari, que ella adapta a cada nuevo interlocutor. Pero la esencia de la trama es siempre la misma: una aldea de pastores, al principio nómadas, y luego en los años de su nacimiento asentados a dos horas de Nairobi, justo a lo largo de los antiguos senderos que llevan al parque de Samburu; la escuela de la misión católica a la que asistió hasta los trece años, es decir, hasta que las monjas y las voluntarias italianas resistieron en aquel inhóspito lugar, las primeras oraciones en lengua italiana, que con el tiempo se le hizo cada vez más familiar, su primer trabajo, con quince años, bien pagado, un dólar por semana, de camarera en el Norfolk Hotel de Nairobi, gracias al cual Bianca descubrió que se puede dormir entre sábanas inmaculadas, las mismas que ahora estira

y coloca con la maestría y el toque de una gobernanta anglosajona.

Bianca también cuenta los tres años de convivencia en Nairobi con quien creía que era su hermana mayor, que fue la primera en encontrar trabajo en el Norfolk Hotel, y que más tarde le confesó que era su madre, su madre-hermana. Y además, el trayecto que Blanca, a pesar del secreto revelado, siguió haciendo una vez al mes, de la ciudad al pueblo y otra vez hasta Nairobi, para ver a sus abuelos y a sus dos hermanos pequeños. Un trayecto que hacía sola, de muchas horas de camino o, cuando tenía suerte, a bordo de algún todoterreno de los guías que acompañaban a los turistas a ver los elefantes de Marsabit.

Y luego la primera vez que vio el lago Turkana, tan grande y terrible que parecía el mar, si bien entonces, mar era una palabra que ella casi desconocía.

Pero el plato fuerte de los cuentos de Bianca era la preparación del gran viaje hacia Italia, que parecía imposible realizar en tan poco tiempo comparado con la espera necesaria para ahorrar aquellos dos mil dólares y pagar al inglés que tenía que llevar a ella y a su madre-hermana a Etiopía primero y luego hasta la costa donde habrían empezado la travesía por mar. Más tarde el inesperado y mágico hallazgo de un neceser olvidado por una turista en el baño del hotel, que bajo de los cosméticos, escondía un tesoro: cuatro billetes de quinientos euros.

Y los últimos meses antes del viaje, pasados observando con atención a los turistas en la piscina del hotel y, a escondidas, intentando una y otra vez los movimientos de natación, tumbada en el suelo de una de las muchas habitaciones que debía arreglar, imaginando que guardaba el aire, moviendo piernas y brazos como acababa de observar, manteniendo la cabeza levantada por encima de las olas que solo veía en su mente. Y luego intentando convencer en vano a su madre-hermana a que hiciera lo mismo.

Las raras veces en las que, a altas horas de la noche, para evitar al guardia y procurando que todos los turistas se hubiesen alejado del patio, Bianca se había sumergido en el agua de la piscina. Allí donde de día veía bañarse a los niños y donde ella

también sin duda haría pie, Bianca intentaba mantenerse a flote moviendo las manos y las piernas.

Aunque hayan pasado muchos años desde que llegó a Roma - ahora que se considera afortunada porque vive con la misma familia (gente rica que la trata bien), ahora que hasta tiene tiempo libre para despachar algunas tareas para la señora Giovanna (la mujer mayor que vive en su bloque), o que puede permitirse quedar con Stella, la chica a la que hizo de niñera y que quiere como su fuera una hija- Bianca reconoce que no sabría decir qué le dio la fuerza para enfrentarse a un viaje tan espantoso a pesar de todo lo que ya entonces le habían contado sobre el mar embravecido y las tragedias que ahora lee en los periódicos o ve en la tele.

Bianca reconoce que ya no recuerda nada de la terrible noche en el barco, a excepción de los gritos en aquella oscuridad absoluta y espantosa. Quizás se golpeó en la cabeza, pues solo después de volver en sí se dio cuenta de que su madre-hermana ya no estaba a su lado y que de las cuarenta personas que habían subido a bordo con ella y que habían sido colocadas en la bodega, solo quedaban doce.

Luego, una vez en tierra firme, mientras los médicos le preguntaban su nombre y le tomaban la tensión, uno de los hombres que estaban sentados a su lado en el barco, se acercó y le dijo que cuando los traficantes bajaron a la bodega porque se había inundado, él encontró a Bianca desmayada, quizá se había golpeado en la cabeza, y la apretó con fuerza contra sí diciendo que era su hija, pero no sabía nada de su madre-hermana. Probablemente ella salió a flote antes de que el barco se volcara y que la mayor parte de las personas acabara en el mar.

Cuando cuenta su historia, como ha hecho muchas veces a Estrella, Bianca asegura que está convencida que su madre-hermana, no se murió por culpa del mar, sino por su propia culpa, porque nunca quiso aprender a nadar.

Cada vez que repite el relato -lo hizo también esta mañana con la señora Giovanna-, Bianca acaba siempre con la misma frase: «Es más, si eres negro», añade después de una pequeña

pausa, siempre idéntica, «justamente porque eres negro, debes saber nadar».

«¡De verdad, de verdad!», repitió dos veces Giovanna. «Justamente porque eres negro debes saber nadar». Pero Bianca ahora parece no darle importancia.

(Traducción de Alessandra Sanna)





Giovanna

- «Giò, ¿a que nos hemos querido mucho tú y yo?».
- «¿Cómo que nos hemos...? ¿Es que ya hemos dejado de querernos?».
- «No, pero tienes que reconocer que a nuestra edad es normal que hablemos en pasado...»
- «¡Yo sigo queriéndote!».
- «Y yo también, pero decirte que nos queremos parece algo solo relacionado con el presente, en cambio, lo que quería decirte es que, aunque a esta edad ya no me sorprenda, nuestra relación ha sido muy especial... ¿o no?».
- «Bueno, te agradezco esta demostración de afecto aunque, si te soy sincera, querido hermano, desde que te operaste al corazón hace dos años, me parece que has cambiado bastante».
- «No nos engañemos, Giovanna, tú sabes también que nos hemos querido mucho y que en el fondo siempre hemos sido un poco como Hansel y Gretel...».
- «Esta sí que es buena: tú bien entrado en los setenta y nueve años y yo recién cumplidos los setenta y cinco, ¿y quieres robarme el trabajo? Y primero me dices que (si nos hemos querido mucho, como si tuviéramos ya un pie en la tuma y hubiese llegado el momento de ajustar las cuentas... luego me vienes con ese cliché sinceramente insufrible de Hansel y Gretel...».
- «¿Pero qué tiene de malo, Giò?».
- «Nada. Yo también he querido y te sigo queriendo mucho... tengo que admitir que ha sido un vínculo fuerte e intenso que, por suerte para los dos, está hecho de una solidaridad especial, que alguna vez casi ha rozado la prevaricación. Pero lo que te quiero decir, Sandro, es que tú y yo, nuestra familia, no tenemos nada a que ver con Hansel y Gretel: nuestro padre seguro no fue un pobre leñador y en cuanto a nuestra madre, aunque quizás haya sido demasiado poco maternal, ¡de ninguna forma podríamos tacharla hoy de madrastra capaz de abandonar a sus dos hijos en el bosque metafórico de la vida!».

- «¡No te reconozco, Giovanna! Si siempre fuiste tú la que decía que nuestros padres han estado demasiado ocupados persiguiendo sus objetivos y defendiendo sus intereses. No han tenido tiempo, ni espacio mental, ni probablemente la capacidad de escucharnos y comprender nuestro malestar. Así que tú y yo hemos hecho de nuestra condición de abandonados psicológicamente –no materialmente, claro- el terreno sobre el que hemos construido, en cada instante de la vida, nuestra relación de hermano mayor y hermana menor, enjaulando nuestros sentimientos en un armazón del que ninguno de los dos ha conseguido escaparse nunca, en el que yo siempre era el que protegía y tú, Giovanna, la que había que proteger».

-«¡Sandro, no me obligues a decirte que yo me habría ahorrado perfectamente tu protección y que, quizás, cada uno de nosotros hicimos, y seguimos haciendo, lo que pudimos, nada más, incluso ahora, que solo nos tenemos el uno a la otra, después de que nuestro mundo ha ido haciéndose cada vez más pequeño y las criaturas maravillosas que encontramos adentrándonos en el bosque, como Hansel y Gretel efectivamente –en eso sí, tienes razón- han ido poco a poco desapareciendo!».

- «Eso era lo que quería decirte, que nos quisimos mucho y que, añadido ahora, yo no habría podido vivir sin tenerte a mi lado».

- «Eso es otra cosa: yo tampoco habría podido vivir sin ti. Y nosotros no somos Hansel y Gretel, nosotros somos Sandro y Giovanna. Es completamente distinto...».

- «Pero, ¿qué importancia tienen los nombres?».

- «Claro que los nombres tienen importancia... ¡yo no me llamo Giovanna por casualidad y tú no eres Sandro por casualidad!».

- «¿Y qué quiere decir eso? ¿Es una nueva teoría filosófica tuya? ¿O me estás introduciendo en las teorías de algún filósofo birmano que desconozco?».

- «No, son ideas mías...»-

- «O sea, me estás diciendo que si tú te hubieras llamado Monica, Clara, Margherita o, a lo mejor, Fabiana, Nadia o Galatea, como el barco que teníamos de pequeños, ¿habría sido dis-

tinto? Y si yo hubiera sido Ottavio, Carlo, Mario, Andrea...o, yo que sé... Matteo, ¿habría sido diferente? ¿Habríamos tenido otra vida?».

- «Para empezar, mamá nunca nos habría llamado Nadia o Galatea, nunca le gustaba este tipo de nombres, ni para el barco, ¿te acuerdas? Pero, sin duda, si yo no hubiera sido Giovanna, tú tendrías otra hermana y yo, si tú no te hubieras llamado Sandro, seguro que tendría un hermano distinto».

- «No lo entiendo, Giò, haz el favor de explícamelo mejor».

- «Quiero decir que probablemente cada uno de nosotros, solo por el hecho de tener los nombres que tenemos, somos algo más y al mismo tiempo algo menos de lo que habríamos sido si, como dices tú, yo hubiera sido Monica y tú Giovanni u otro cualquiera. Los nombres, Sandro, ¡no son un pequeño detalle o una casualidad! Es cierto, no los elegimos y como mucho podemos adaptarlos con diminutivos o apodos, pero depende de cada uno de nosotros el darles, con nuestra vida, un sentido y llenarlos de contenido y de nuestra forma de ser».

- «Ay, Giovanna, hermana querida, no me entero: a estas horas, cuando faltan pocos minutos para la medianoche, estoy demasiado cansado para quedarme aquí contigo y seguir escuchando esta disertación filosófica y filológica sobre el nombre que llevamos».

- «No vas a cambiar nunca, Sandro: siempre buscando el camino más fácil».

- «Lo mismo te digo, Giovanna».

- «Y eso es lo bonito, ¿no?».

- «¡Pues sí! Y para mí ha sido todo un lujo tenerte a mi lado, a pesar de que me has dado bastante la lata y me has obligado a enfrentarme siempre a mis sentimientos de culpa».

- «¿Y quién no los tiene?».

- «¡Tú!».

- «¿Yo? ¿Tengo que creer entonces que no me conoces?».

- «Ya está bien, Giovanna. Yo solo quería decirte que te quiero, te he querido desde el primer momento y que siempre te querré. Y este sentimiento me ha llevado a vivir, hasta ahora, en

un estado de inconsciente plenitud afectiva y me gustaría que para ti fuese lo mismo».

- «Lo ha sido para mí también, y te doy las gracias por lo que has sido y sigues siendo para mí».

- «Muy bien, ahora podemos irnos a dormir a nuestros respectivos cuartos felices y contentos».

- «Por supuesto que podemos. Sin embargo, yo prefiero quedarme aquí un rato más... si me acuesto enseguida tengo miedo de hundirme en ese sueño inmediato que me traiciona después de unas horas y luego me deja presa de mis pensamientos hasta el amanecer. Además, me gustaría contestarle a Louise: me ha escrito que dentro de un mes estará aquí en Roma, porque le dedican una exposición en el Museo de Roma y que Sonia vendrá con ella. Tengo muchas ganas de volver a verlas y pensaba proponerles que se quedaran aquí con nosotros. ¿Qué me dices?».

- «Claro. Yo también tengo muchas ganas de volver a verlas... Bueno, Giò, yo me voy ya... ah, la última cosa: no dejes la llave en la puerta, si no Bianca mañana no puede entrar. ¿Te acuerdas? Mañana va antes a tu casa y luego sube a la mía».

- «La llave está en el plato... Buenas noches».

- «Buena noches, Giovanna. ¡Te quiero!».

- «Yo también te quiero, Sandro».

(Traducción de Anna Suadoni)

Dedicatorias y agradecimientos

Dedico este libro a mi hermana Francesca y a todas las otras mujeres que han alimentado y nutren todavía de amor y de afecto mi vida, dándome valor, audacia y esperanza a mi condición de hombre. A esta lista se ha unido hace muy poco y con asombrosa felicidad mi hija Gaia, que inevitablemente precede a todos mis amores y mis pensamientos.

Sin embargo, no habría tenido el coraje de llevar a cabo este proyecto sin el apoyo, el ánimo, el amor y el afecto de mi marido, Pablo Rodríguez Mora, y de mis padres: Clara Garesio y Giuseppe Pirozzi.

Mi agradecimiento también a Rossella Russo, Livia Dussatti y Ornella Paternesi por su valioso y cariñoso apoyo, a Maria Francesca Gagliardi, Mariacarmela Leto y Antonio Sunseri por haber creído en esta idea y haberla hecho posible, así como a Mercedes Arriaga por haber hecho posible la edición de este libro.

Asimismo, mi más sincero agradecimiento a las artífices de la traducción española: Mónica García Aguilar, Estela González de Sande, Mercedes González de Sande, M^a Belén Hernández González, Milagro Martín Clavijo, Yolanda Romano Martín, Alessandra Sanna, Anna Suadoni, M^a Dolores Valencia Mirón, Sara Velázquez García y a la coordinación de Victoriano Peña Sánchez.





